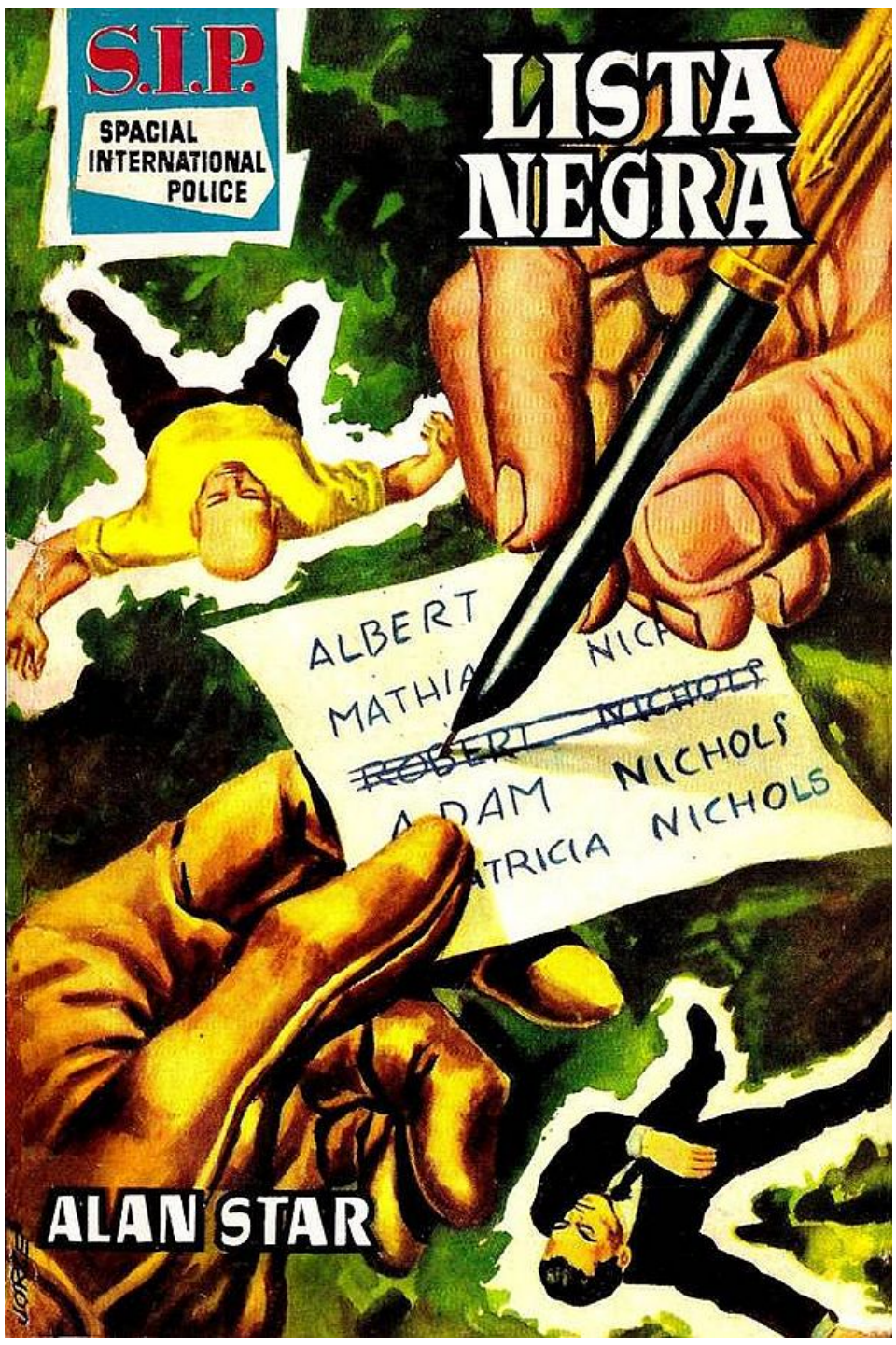


S.I.P.

**SPECIAL
INTERNATIONAL
POLICE**

LISTA NEGRA



ALBERT NICHOLS
MATHIAS NICHOLS
~~ROBERT NICHOLS~~
ADAM NICHOLS
PATRICIA NICHOLS

ALAN STAR

LA LISTA NEGRA

Bolsilibros - S.I.P. (Spacial International Police). N.º 15

Al penetrar en el vetusto salón familiar, que las modernas tendencias no habían logrado cambiar y que seguía poseyendo el sabor rancio de otros tiempos— de otro siglo, exactamente—. Dan apretó la mano de su joven esposa con un poco más de fuerza, como si desease infundirle el ánimo que para él mismo deseaba.

Durante todo el viaje en el supereactor que los había traído de Tokio, había hecho lo imposible por volver a explicar, por enésima vez, a su esposa, las características de aquella familia que era la suya; pero, en realidad, ¡era tan difícil explicar quiénes eran los Nichols!

Porque... ¿quiénes eran?

Para Dan, antes que nada, eran una familia que había logrado, con el complejo negocio de las exportaciones de algodón y fibras industriales que lo habían sustituido en gran parte, una fortuna colosal. Pero, además, los Nichols eran gente extraña, atadas al pasado por raíces que se hundían profundamente en el tiempo.

Título Original: *La Lista Negra*

©1959, Alan Star

©1959, Toray (España).

Colección: S.I.P. (Spacial International Police).

UUID: afc2c7da-2c4f-4ffe-b45b-07e10d331098

Generado con: QualityEbook v0.84

LISTA NEGRA



LISTA NEGRA

Por

ALAN STAR



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Orne, 51-53

B A R C E L O N A

© EDICIONES TORAY, S. A. —1959

Depósito legal: B. 3.163 —1960

Número de Registro: 1.230 —1960

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.— Arnaldo de Oms, 51-53 - Barcelona

PRÓLOGO

AL penetrar en el vetusto salón familiar, que las modernas tendencias no habían logrado cambiar y que seguía poseyendo el sabor rancio de otros tiempos— de otro siglo, exactamente—. Dan apretó la mano de su joven esposa con un poco más de fuerza, como si desease infundirle el ánimo que para él mismo deseaba.

Durante todo el viaje en el supereactor que los había traído de Tokio, había hecho lo imposible por volver a explicar, por enésima vez, a su esposa, las características de aquella familia que era la suya; pero, en realidad, ¡era tan difícil explicar quiénes eran los Nichols!

Porque... ¿quiénes eran?

Para Dan, antes que nada, eran una familia que había logrado, con el complejo negocio de las exportaciones de algodón y fibras industriales que lo habían sustituido en gran parte, una fortuna colosal. Pero, además, los Nichols eran gente extraña, atadas al pasado por raíces que se hundían profundamente en el tiempo.

Los Nichols eran, además, americanos, y esa palabra, en pleno comienzo del siglo XXI, cuando se había conseguido tanto en la unificación de la Humanidad, cuando se logró unir a Europa en una poderosa Confederación, cuando Asia y África se pusieron al paso de la civilización, cuando una nacionalidad determinada no tenía más que una importancia retrospectiva y un tanto romántica, el que los Nichols fuesen y se dijese americanos significaba que el reloj de su evolución se había detenido de una manera tan absurda como inexplicable.

Cincuenta años antes, la postura de los Nichols hubiese sido lógica: ahora era sencillamente intolerable; pero, sabiéndolo, seguían, no obstante en sus trece, sobre todo en lo que se relacionaba con ellos mismos; es decir, con las normas intangibles que gobiernan una familia.

Para ellos había un mundo, un universo que empezaba a ser conquistado, una América y, más concretamente, unos Estados Unidos

y, dentro de éstos, brillando como una rutilante gema, una familia única, incomparable, rígida y poderosa hasta lo inconcebible: ellos, los Nichols.

Desde hacía tres generaciones, los Nichols habían sido exportadores de algodón y derivados. Por eso, fue un verdadero escándalo que el menor de los hermanos —precisamente Dan—, manifestase deseos de estudiar Biología y, viendo que no obtenía el permiso del jefe de familia, se fuese a la Universidad de Tokio, donde había permanecido ocho años.

Pero, al final de este período, había conocido, en la misma Universidad, a una muchacha de la que se enamoró e hizo su esposa. Se dio entonces cuenta de que el matrimonio presentaba nuevos aspectos, a los que hasta entonces no había prestado la debida atención, ya que no podría mantener a su esposa con lo poco que ganaba en los laboratorios de la Universidad.

No había más remedio que volver al seno de la familia.

Y por ello, después de tres horas de vuelo, Dan Nichols y Ijima, la linda japonesa que se había convertido en su mujer, penetraban en la mansión de los Nichols.

Uno de los viejos criados los había introducido en el salón, del que tantas veces habló Dan a la muchacha y donde, como en tiempos pasados, se reunía la familia para tomar sus decisiones implacables.

—¿Estás inquieta, cariño?

Ella sonrió.

—No, pero tú sí, Dan.

—Es natural. Ya te he hablado muchas veces de ello. En el fondo, son excelentes personas y no puedo creer que nos abandonen en una situación como la nuestra. Sobre todo, cuando estoy dispuesto a trabajar en lo que me digan.

—No te preocupes, amor mío.

Hubo un largo silencio.

Ijima lo miraba todo, intentando descubrir, por lo que veía, la personalidad de los habitantes de aquella casa. Desde luego, si correspondían a los muebles, de línea pasada de moda, a la seriedad de los muros y de los cuadros que los ornaban, no debían ser muy acogedores.

Ella había vivido en el ambiente cálido de una ciudad moderna, abierta a todas las corrientes: un mundo que luchaba con la sonrisa en los labios, habiendo llegado a comprender el exacto puesto de cada uno

en una sociedad libre de trabas y prejuicios.

En cambio, todo esto...

Le parecía como si contemplase algunas escenas de una de aquellas películas del siglo XX, que tanto hacían sonreír, por la forzada postura de algunos de sus personajes, por la rigidez de sus gestos, por la falta de naturalidad de sus acciones.

Se abrió una puerta al fondo, por la que penetraron los hermanos Nichols.

Los jóvenes se pusieron en pie y Dan miró a sus hermanos, encontrándolos más viejos, mucho más serios, como si una tristeza incomprensible pesase sobre ellos.

Entraron en fila, como solían hacerlo siempre, precedidos por el mayor, el jefe de familia. Y en fila se situaron ante los jóvenes, mirándolos con una frialdad que hizo que la japonesa se sintiese desamparada y sola.

—Éste es mi hermano Albert, el primogénito de los Nichols — presentó Dan a su esposa—; éste es Mathias, el segundo; Robert, el tercero; Adam, el cuarto y ésta es mi hermana mayor, Patricia.

Ni una sola mano se tendió hacia la que la muchacha extendía y que estaba dispuesta a estrechar calurosamente la de todos: unas breves y artificiosas inclinaciones de cabeza fue todo lo que recibió de los hermanos de su marido.

Una vez hechas las presentaciones, la familia Nichols se sentó, al mismo tiempo, y Dan y su esposa los imitaron; El primogénito había pulsado un botón y el mayordomo, seguido por cuatro doncellas, ordenó que el té fuese servido.

Durante un corto instante, Dan miró a Alain Colman, el viejo mayordomo, el hombre que le había entregado generosamente parte de sus economías para permitir que el joven llegase a Tokio. Verdad era que no había tenido más que un par de cartas de él y que los años pasaron sin ninguna noticia más. Ahora mismo, la mirada de Alain era inexpresiva, lo que hizo que Dan comprendiese que la rigidez de la casa había salido finalmente victoriosa y que el mayordomo estaba en el mismo plan de juez que los hermanos.

Una vez servido el té, doncellas y mayordomo desaparecieron. Durante un largo espacio de tiempo, un silencio completo cayó sobre todos los reunidos, como si no tuvieran nada que decirse.

Se hubiera oído el vuelo de una mosca.

Ijima sorprendió las furtivas miradas que le dirigía la familia de su

esposo y, sobre todo, las de Patricia que, a pesar de ser joven, no llegaba aún a los treinta, poseía un rostro huesudo, sin el menor atractivo: una imagen deshilachada y sin ninguna feminidad.

Fue el mayor, Albert, quien rompió el silencio bruscamente. Y mirando con fijeza a Daniel, el menor de todos los hermanos inquirió, con voz neutra:

—¿Qué deseas de nosotros, Dan?

—Deseaba presentaros a mi mujer y...

—Eso ya está hecho. ¿Qué más?

Dan dudó, balbuceando algunas palabras; después, recuperando su sangre fría y con una sonrisa amable, repuso:

—Bueno, Albert, no creo que lo más práctico sea estar dando vueltas al asunto. Ya comprenderás que el motivo de mi regreso es el ansia y la necesidad de trabajar en nuestra casa. Ahora tengo una mujer; es decir, una familia hacia la que tengo obligaciones. Ya podrás imaginarte que lo que ganaba en la Universidad era insuficiente para una vida digna.

—Nadie te aconsejó ir a la Universidad.

—Ya lo sé, Albert. Y no vayas a creer que me arrepiento... No, no me miréis así. He conseguido un título de doctor en Biología y si hubiese tenido medios, hubiera montado un laboratorio de investigaciones por mi cuenta... —sonrió—. Pero no ha sido posible.

La mirada de Albert era fría como el hielo al decir:

—Desobedeciste a los tuyos, Dan. Y eso es muy grave.

—Lo sé, pero no es algo que no pueda olvidarse ni perdonarse. Yo estoy dispuesto a solicitarlo de vosotros: el olvido y el perdón. Quiero trabajar a vuestro lado.

—¿Qué sabes hacer?

—Me es igual: lo que vosotros ordenéis.

Una sonrisa inexpresiva entreabrió ligeramente los delgados labios del primogénito.

—Veo que has olvidado demasiado pronto lo que para nosotros significa el nombre que nos legaron nuestros padres, y abuelos. ¿Quieres que un Nichols trabaje junto a los empleados de la casa? Todos nosotros tenemos cargos de responsabilidad, puestos que hemos conseguido con un esfuerzo de años... y todo el mundo sabe que sólo nosotros somos capaces de dirigir un negocio como el nuestro. ¡No podemos darte trabajo, Dan!

—¿Por qué?

—Porque no consentiríamos que uno de los nuestros no ocupase un

puesto importante en la casa. Y tú no eres capaz de hacer nada importante. Has perdido todos estos años estudiando estupideces, cosas que no han hecho más que alejarte del negocio...

—Al menos me daréis mi parte. Tengo tanto derecho como vosotros.

—Estás equivocado, Dan. ¿Has olvidado que, cuando te marchaste a Tokio, firmaste un papel?

—¡Claro que no lo he olvidado! Pero tú me dijiste que era un papel en el que yo declaraba, por propia voluntad, irme de la casa...

—¿Y te parece poco? Ese papel te ha quitado todos tus derechos. Nada de lo de esta casa y de este negocio te pertenecen ya, Dan... eres como un extraño.

—¡No puede ser! ¡Vosotros no podéis haberme hecho eso!

—Nosotros no te hicimos nada, fuiste tú mismo quien se marchó de casa.

—Pero... —Su voz tembló de cólera— ¿es que vais a dejarme así, sin ayuda? ¿Es que no lleváis mi misma sangre, es que no sois mis hermanos?

Albert no dijo nada. Y fue Patricia quien habló por él:

—Sigues siendo nuestro hermano, Dan; es decir, lo eras hasta que...

Y miró a la japonesa.

—¿Qué quieres decir, Patricia?

—Que, conociéndonos como nos conocías, sabiendo nuestra manera de pensar, nunca debiste hacer eso.

—¿El qué? ¿Casarme con Ijima? ¿Te horroriza tener una cuñada japonesa, Patricia?

—Ella no es mi cuñada.

Dan no pudo más.

La cólera le subió a la garganta, tornando su voz ronca y áspera:

—Veo que no habéis perdido ni un ápice de vuestro estúpido orgullo...

—Un orgullo legítimo... —intervino Mathias—, el segundo.

—¡Un orgullo monstruoso! Algo que nadie, en su sano juicio, concibe en nuestra época. ¿Qué sois, después de todo? ¡Unas momias que no gozan de todo lo que hicieron nuestros abuelos! ¿De qué os sirven los millones almacenados en los Bancos? ¿De qué la fama de vuestras exportaciones? ¡Vive mejor el último de vuestros obreros que cualquiera de vosotros! Estáis petrificados y lo peor de todo es que os consideráis inteligentes, cuando sois incapaces de hacer nada útil...

¡Vuestros puestos importantes! En pleno siglo XXI y seguís llevando las cuentas como a principios del siglo pasado. Usa una pequeña máquina, un simple cerebro electrónico y hacía todo vuestro trabajo en quince minutos... ¡Me hacéis reír!

—Ninguna máquina podría llevar los asuntos de la casa Nichols.

—¡Bobadas! Os habéis encerrado en este repugnante caserón rompiendo los puestos con una época a la que no pertenecéis. ¡Ya os lo he dicho antes: no sois más que momias, seres petrificados e inútiles, que se creen importantes, cegados por los prejuicios y la ignorancia!

—¡Basta! —rugió Albert—. ¡Estás en nuestra casa!

—¡Que eh! ¡También la mía, a pesar de que me parece la más horrible de las tumbas!

—¡Fuera de aquí!

Se levantó Albert, amenazador.

Pero la cólera de Dan era demasiado fuerte para contenerse. Su sangre latía con impulsos tremendos en sus arterias. Y, sin poder evitarlo, se puso en pie, descargando un fortísimo puñetazo en el rostro de su hermano, lanzándolo contra el sillón, donde quedó cómicamente sentado, con la mano en los labios, de donde escapaba un hilillo de sangre.

Todos los demás se habían puesto en pie, horrorizados por la inusitada agresión al jefe de la familia.

El silencio pesaba como si fuera de plomo.

—¡Ya me voy! —exclamó Dan, que hacía cara a los otros, dispuesto a seguir repartiendo puñetazos—. ¡Ya me voy! Pero volveré... tarde poco o mucho en hacerlo... y será para pedir mi parte, para volver a ocupar mi puesto en esta casa. ¡Y ay del que se oponga! Porque, a pesar de que seáis mis hermanos, y no me enorgullezco nada de ello puesto que me dais asco, os aplastaré como a gusanos.

Y cogiendo de la mano a la japonesa, dijo:

—Vamos, querida.

Salieron, dando un estruendoso portazo. El mayordomo, en el «hall», los acompañó hasta la salida, grave y serio como siempre.

Una vez fuera, subieron a un autobús que les llevó al centro de la ciudad. Dan y la muchacha penetraron en un restaurante barato, en el que comieron en medio de un silencio molesto.

Cuando estaban ya en los postres, Dan, sonriendo, dijo:

—Nunca debí llevarte a mi casa, Ijima.

—¿Por qué no?

—Porque has debido tener una verdadera desilusión.

La muchacha sonrió; luego, poniendo su mano sobre la de él, contestó:

—No, Dan... Te conozco a ti y es suficiente. Ya comprendo que tu familia es muy distinta; pero ¿qué puede importarnos? Cuando nos casamos, dijimos hacerlo para el bien y para el mal, para la desgracia y para la dicha, para la enfermedad y la salud...

Él la miró, agradecido de sus palabras.

—Yo hice mal, querida, muy mal, de haberte embarcado en mi propia aventura. Dedicado a la ciencia, nunca me preocupé del aspecto económico de la vida. Para mí tenía bastante... pero ahora es distinto. Tenemos que solucionar nuestra vida sea como sea.

—Lo haremos.

Hubo una larga pausa y Dan se esforzó para hallar algo que pudiese aclarar un poco la negrura pesimista de sus ideas.

De repente exclamó:

—¡Ya lo he encontrado, cariño!

—¿Sí?

Pero el entusiasmo del joven se fundió rápidamente.

—No, no es posible...

—¿De qué se trataba? —insistió ella.

—No puede ser, Ijima... tú no podrías resistirlo.

—Pero, por favor, Dan. ¿De qué se trata?

—Leí hace unos días, en Tokio, que se ofrecían unos puestos para biólogos experimentados en Marte. Hay una zona en aquel planeta donde, alejados de toda civilización, trabajan unos hombres, no sé exactamente en qué. Pagan bastante, pero ya advierten que el clima es malsano.

—¡No importa! ¿No comprendes que ésa es la solución que buscábamos? ¿A qué podemos temer? Somos jóvenes, fuertes, y estoy segura de que muy pronto se darán cuenta de lo que vales, enviándote a un sitio mejor. ¿O has olvidado, querido, que eres un biólogo magnífico? En la Universidad, todos tus amigos lo decían... ¡Ya verás cómo te haces famoso y no tendremos que estar mucho tiempo en aquel lugar insano!

—No sé qué hacer...

—¡Acepta el cargo, Dan! ¡Vayámonos de aquí!

Marte es un mundo lleno de posibilidades y en sus Universidades

hay sitio para hombres capacitados como tú...

Dan sonrió.

—Sí, voy a hacerlo; además, no tenemos otro remedio. En cuanto acabemos de comer, iremos a la oficina de esa firma que proporciona las colocaciones. ¡Ojalá tengamos suerte!

Ella le miró, con una tímida mirada cargada de cariño y ternura.

—Cuando dos personas se aman como tú y yo —dijo—, todo sale bien. Ya lo verás.

Salieron del brazo, sonrientes, repletos de un entusiasmo que les hizo olvidar por completo todas las amarguras que acababan de pasar.

La construcción, en forma de cúpula, tenía, como si se tratase de un observatorio astronómico, toda la parte superior del casquete esférico completamente transparente; porque, en realidad, era un observatorio biológico, una avanzadilla principal, ya que había otras más adelante, en plena zona pestilente y pantanosa de Marte.

En el interior de la cúpula, los dos hombres examinaban los datos que los aparatos les iban proporcionando, sobre todo en cuanto a humedad y densidad del aire.

El doctor Slater se volvió, mirando a su compañero, ocupado con un viscosímetro en el otro lado de la estancia.

—¡Bell!

El otro levantó la cabeza, volviéndose hacia su amigo.

—¿Qué hay, John?

Éste se alejó del aparato, acercándose a Bell. Cuando estuvo a su lado dijo:

—Quería preguntarte algo.

—¿El qué?

—¿Crees que los descubrimientos de Nichols sean tan importantes como él dice?

—No lo sé, pero ya sabes que el Consejo está interesadísimo por sus trabajos y se lo van a llevar a la ciudad.

—¡No hay derecho! Nosotros llevamos aquí ocho años y él, que no lleva aún ni cinco, se va a vivir a la ciudad. ¿Crees que está bien?

—Ha tenido suerte: eso es todo.

—¡Suerte! ¿Y para qué ha venido a Marte? ¡No necesitaba meterse aquí para vivir como un rey!

—¿Qué quieres decir?

—Que es el hermano menor de los Nichols, de América. Gente que no sabe los cientos de millones de dólares que tienen.

—¿Es posible?

—Sí. Su familia es una de las más ricas de América. Se dedican al algodón y la marca «Nichols» es hoy famosa en todo el mundo. ¿Creías, acaso, que Dan era un cualquiera? Lo que ocurre es que ha venido a fastidiarnos. Todo porque sus hermanos le echaron a patadas de su casa.

—¿Hizo algo malo?

—Casarse. Su familia no le ha perdonado el haberlo hecho con una japonesa.

—Estás enterado de muchísimas cosas.

—Sentí curiosidad, cuando conocí su nombre, por lo que habla podido empujarle a venir aquí. Esos multimillonarios me han dado siempre asco y no me gustó verle por aquí cuando podía vivir en la Tierra como un príncipe.

—Si lo echaron sus hermanos...

—¡Eso demuestra su idiotez! ¿Qué le hubiera costado enviar a la japonesa a paseo? ¿No harías tú lo mismo o serías de los idiotas que prefieren pasarlo mal junto a una mujer o vivir bien sin ella?

—Yo no lo dudaría.

—Ni yo tampoco. Además, tú eres muy confiado, amigo mío. Porque yo estoy convencido de que el Consejo le envió a esa zona para que encontrase algo lo bastante importante como para llevarle a la Universidad. ¿No te das cuenta? Para el Consejo, tener un Nichols en primera línea era un cargo de conciencia. Ellos saben que la familia rueda sobre el oro y que, ayudando al hermano menor, podían conseguir algunas sumas para seguir los trabajos de Investigación en Marte.

—Es posible.

—Yo no quería decirte nada, pero he leído los informes que Dan enviaba al Consejo.

El otro enarcó las cejas.

—¿Has hecho eso? ¿No sabes que está prohibido y que no se puede abrir la correspondencia de ningún investigador?

Sonrió Slater.

—¡No digas tonterías! Yo no podía más, desde que nos enviaron aquella circular en la que nos decían que debíamos imitar el espíritu científico del doctor Nichols. Todo eso me olía mal y comprobé algunos

datos de la mayor importancia.

—¿De qué se trataba en el informe?

—Ha encontrado algunas formas de vida bastante curiosas. Sobre todo, una...

El visófono, con su sonido metálico, Interrumpió la frase de Slater. Ambos miraron al aparato y John se adelantó, oprimiendo el botón de comunicación.

El rostro de uno de los miembros del Consejo apareció en la pantalla.

—¡Hola, doctor Slater!

—Buenos días, señor.

—He intentado establecer contacto con el observatorio del profesor Nichols, pero no contestan.

—Debe estar fuera, señor.

—Seguro. De todos modos, inténtenlo ustedes. Tengo una mala noticia para él.

Hubo una pausa. Y como Slater no dijese nada, el otro continuó:

—Su esposa se está muriendo.

—¿Eh?

—Sí. La envió a la ciudad, ya que la señora Nichols estaba bastante delicada. Hizo mal en empeñarse en pasar estos años con su esposo. El clima de ese observatorio es muy malo. ¿Intentarán comunicar con él? Que coja su helirreactor y que venga inmediatamente aquí.

—Bien, señor. Así lo haremos.

—Muchas gracias, doctor Slater.

Desapareció la imagen del comunicante y John se volvió a su amigo.

—¿Has oído?

—Sí. Es una mala suerte.

—Y lo peor es que el Consejo no sabe que el helirreactor de Dan está estropeado.

—¿Qué vamos a hacer entonces?

—Voy a ir en su busca.

—Me parece lo mejor.

—Sí. Además, deseo hablar con él. Hay cosas que desearía aclarar.

Dan hablaba, hablaba, sin cesar, Intentando alejar de su mente la idea

de una Ijima gravemente enferma.

Slater no le había dicho nada del estado real de la muchacha, pero la intranquilidad de Nichols era evidente.

—¡Me la llevaré a la Tierra! ¡Enseguida! He conseguido información suficiente para que me paguen la prima para el viaje.

—¿Vuelves con tu familia?

—Sí. Esta vez tendrán que escucharme, sea como sea.

Hubo una pausa; luego, John dijo:

—Has tenido muchísima suerte con esos hallazgos que has hecho. Son cosas de una importancia capital para el Consejo.

—Nada de eso me importa, Slater. Compréndelo: amo a mi mujer por encima de todo y no deseo preocuparme más que de ella. Mi familia tiene los medios para que Ijima recobre la salud, en un buen sanatorio de la Tierra. Pueden pagar y pagarán.

—¿Y qué vas a hacer con tus trabajos?

—Nada. Si tú quieres, puedes seguir trabajando en lo mismo.

—Gracias.

—Sólo me importa Ijima. Todo lo demás me es indiferente.

El aparato sobrevolaba la zona de marismas; pero muy pronto se alejó de aquel infierno, volando sobre campos donde se habían establecido los primeros cultivos hidropónicos. Masas de un lindo verde eran visibles desde el cielo.

—Dentro de dos días —dijo Dan, como si hablase consigo mismo—, hará cinco años que llegué a Marte, podría haber ahorrado dinero, pero la salud de Ijima fue siempre delicada... ¡Por culpa de ellos!

Slater no dijo nada.

—¡Ahora no les daré ninguna oportunidad! Necesito dinero para curar a mi esposa y haré que me entreguen todo lo que sea necesario. ¡No permitiré que me escatimen nada!

Cerró los puños, hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos.

Quince minutos después, el aparato se posaba en la terraza del hospital donde se encontraba su esposa. Un miembro del Consejo, que estaba evidentemente esperándole, se adelantó en cuanto los dos hombres pusieron pie a tierra.

—¿Cómo sigue?

El hombre le miró fijamente.

—Su esposa ha muerto, doctor Nichols.

LISTA NEGRA



Capítulo



ALBERT NICHOLS terminó de despachar la correspondencia del día. Su secretario particular observó que Albert había guardado una de las cartas en la carpeta y se preguntó, ya que conocía al primogénito de los Nichols hacía muchos años, si no le había dado, después de una vida retraída, por alguna aventura amorosa.

Pero era imposible.

El secretario estaba completamente seguro de que tal cosa no podía producirse y que de ocurrir, sería un acontecimiento capaz de cambiar el ritmo de todas las cosas conocidas como un terremoto sin precedentes.

Por eso, el curioso secretario hubiera dado cualquier cosa por poder enterarse del contenido de aquella carta; pero Albert, cuando su mañana de trabajo terminó, no se olvidó de recoger la carta, metiéndosela cuidadosamente en el bolsillo interior de la americana.

Albert abandonó la oficina, tomando después asiento en su magnífico coche. El chófer uniformado que le había abierto la puerta, no preguntó nada, ya que llevaba muchísimos años haciendo aquel itinerario archisabido: casa-oficina, oficina-casa. Por eso, cuando en el momento que ponía el coche en marcha, silbó el interfono interior y oyó la voz de su patrón, no pudo evitar un pequeño sobresalto.

—Párese en el primer bar, Charles: voy a tomar un trago.

El chófer no dio crédito a sus oídos, por lo que Albert se vio obligado a repetir sus palabras una vez más.

Charles esperó a su patrón, mirándole con insistencia cuando éste salió del bar, quince minutos después de haber entrado. Puso luego el coche en marcha y llegó a la mansión de los Nichols, ante el asombro del portero, con casi veinte minutos de retraso.

Cuando el primogénito penetró en la casa, chófer y portero, así como el jardinero, se reunieron inmediatamente.

—¿Has tenido una avería? —inquirió el último.

—No. ¡Me ha ordenado parar ante el «King», para tomarse un trago!

—¡No!

—¡Es imposible!

—Eso es lo que yo creía. Pero es así.

—Algo grave debe pasar.

—No lo sé. Pero ya podéis imaginaros la sorpresa que me he llevado. Hace quince años que llevo el coche del señor Albert y nunca se detuvo para nada en el camino. Excepto hoy.

También hubo en la casa miradas de extrañeza. Todos los hermanos estaban en el comedor y sólo Patricia se había sentado. Cuando llegó el mayor, le miraron, pero ninguno de ellos dijo nada.

Y los servidores empezaron a servir la comida.

Fue después del café, Patricia tenía su vaso de tila sobre la mesa, cuando Albert, dirigiéndose al segundo, ordenó:

—Cierra las puertas, Mathias. Tenemos que hablar.

El otro obedeció.

Una larga pausa cayó sobre ellos, pendientes todos de los labios de Albert, que, después de encender su cigarrillo, se limitó a sacar la carta, tendiéndosela a Mathias, que estaba a su lado.

—Léela —dijo.

Mathias sacó la hoja de papel del sobre, que estaba dirigido a su hermano mayor, echando una ojeada a los párrafos mecanografiados que componían la misiva; después, con voz monótona, leyó:

—«Albert: te extrañaré, con toda seguridad, recibir estas líneas, que te están especialmente destinadas. Hace cinco años te visité, deseando que comprendieses mi situación. Me cerraste la puerta, apoyado por los demás hermanos, ciegos como tú... Ahora, cuando mi esposa ha muerto, por vuestra culpa, ya que no pudo resistir el

ambiente de Marte, ha llegado el momento de saldar las cuentas. Tú, mi querido hermanito, serás el primero... ¿Te das cuenta de que vas a morir? Es posible que sonrías al leer esto; pero puedes estar seguro de que nada ni nadie podrá detenerme. Y no vayas a creer que voy a esperarte, cuando salgas de casa, para matarte a tiros o de una puñalada. Tú siempre despreciaste al hombre de ciencia; pero ahora conocerás los poderes que posee uno de ellos: yo. Morirás de una manera espantosa, horrible, alucinante. Y ninguna ayuda humana podrá salvarte. Tú serás el primero y luego seguirán los otros: Mathias, Robert, Adam y esa harpía de Patricia que no tuvo una sonrisa para la pobre Ijima. Mi esposa está enterrada en Marte, murió sufriendo atrocemente, por culpa de vuestro estúpido y ciego orgullo... ¡Ahora os toca a vosotros!».

Firmado: Dan.

Se miraron los unos a los otros, en silencio, intensamente, como si desearan leer los pensamientos que se movían dentro de cada conciencia.

Finalmente, Patricia exclamó:

—¡Está loco!

Albert se encogió de hombros.

—Eso es también lo que yo he pensado. De todos modos, tendremos que tomar ciertas precauciones.

—¿Llamar a la policía?

Albert negó:

—No. Sería indigno de nosotros y echaría una mancha sobre nuestro nombre. Él, a pesar de todo, sigue llevando nuestro apellido.

—¿No irás a dejar que nos mate tranquilamente?

Albert miró a Mathias, que había sido quien formuló la última pregunta.

—¿Tienes miedo? ¿Crees que hará algo?

—No lo sé, pero tú acabas de decir que tendremos que tomar ciertas precauciones.

—Eso es distinto. Yo quería decir que tendremos que cuidar un poco las salidas, sin dejar nuestros coches para nada. Las oficinas están bien guardadas y nadie podría entrar en ellas. De todos modos, tomaré ciertas medidas, haciendo lo mismo aquí, en casa.

Sonrió.

—Pero de eso a tener miedo, media un abismo. Dan está afectado,

por el momento, por la pérdida que acaba de sufrir. Pero pronto se le pasará y es posible que cuando razone un poco, venga a vernos para reintegrarse a la familia. Esta vez, sin la molesta presencia de la japonesa, podremos llegar a un acuerdo.

Patricia asintió con la cabeza.

—Hablas juiciosamente, hermano. ¿Cómo quería ese mequetrefe que mirase a su mujer? Debió caérsele la cara de vergüenza cuando, nos la presentó. ¡Qué osadía! Casarse con una oriental, conociendo nuestra manera de pensar.

—Todo eso —insistió Albert— hay que olvidarlo. La vida ha vuelto a darnos la razón. Y haciendo desaparecer a la mujer, es posible que nos devuelva al hermano que nos robó. Ya comprenderéis que yo no podía abrir las puertas de la casa a un Nichols que había faltado tan gravemente a las ideas de sus hermanos.

—¡Muy bien hecho!

Albert sonrió a Patricia.

—Por lo tanto —dijo—, no debemos asustarnos: las amenazas de nuestro hermano están dictadas por el dolor y la ira del momento. Eso sí, tomaremos las precauciones necesarias para evitar que cometa un disparate, que podría costarle caro, con el deshonor consiguiente para nuestro nombre. Y ahora, hermanos míos, creo que hay que volver al trabajo. Como siempre.

Al despertarse, en medio de la noche, Albert se sintió intranquilo. Una comezón inexplicable le martirizaba, y se rascó el cuerpo con verdadera ansia.

¿Qué podía picarle de aquel modo?

Molesto e intrigado a la vez, terminó por levantarse, abandonando el lecho para pasar al cuarto de baño, donde se examinó en el enorme espejo que ocupaba una pared de la estancia.

Nada.

La piel ofrecía un color rojizo, irritado, pero no encontró el motivo de aquel picor que, por momentos, se convertía en algo insoportable.

Se puso una pomada, volviendo a la cama; pero, media hora más tarde, incapaz de resistir la comezón, tuvo que volver a levantarse, decidiéndose a llamar al doctor Walter, el médico de la familia, un poco molesto por la hora intempestiva de su llamada.

Harold Walter llegó quince minutos más tarde.

Albert no había querido molestar a sus hermanos y sólo llamó al mayordomo para que éste recibiese al doctor. Una vez solos, Nichols explicó al médico lo que le pasaba y éste, después de reconocerle detalladamente, frunció el entrecejo.

—¿Es algo malo? —inquirió Albert.

—No lo sé, amigo mío: nunca vi nada semejante. ¿Desde cuándo lo tiene?

—Desde esta misma noche. Creí que había sido algo que comí lo que ha podido hacerme daño.

—No, no se parece en nada a una reacción de tipo urticaria. La alergia presenta otras características.

—¿Entonces?

—Tendremos que esperar a mañana.

—¡Pero si no puedo dormir!

Harold sonrió.

—Eso no es una gran dificultad —repuso—. Le daremos unas píldoras y descansará por completo. De todos modos, no vaya mañana al trabajo; vendré temprano para ver cómo sigue esto. Es muy posible —agregó— que desaparezca de la misma manera que ha llegado.

Albert tomó las píldoras, logrando hundirse, poco después, en un sueño que debió ser reparador, pero que estuvo, por el contrario, repleto de horribles pesadillas.

Cuando se despertó, sin conciencia clara del tiempo que había dormido, recordó inmediatamente lo acontecido durante la noche y, transido de miedo, no quiso abrir los ojos, esperando la llegada del picor que le había obligado a llamar al médico.

Pero nada sucedió.

Le parecía mentira que aquella comezón espantosa hubiese desaparecido tan pronto. Y dudando aún, permaneció con los ojos cerrados, gozando de la sensación de normalidad que emanaba de todo su organismo.

Fue entonces cuando sintió «lo otro».

Teniendo siempre los ojos cerrados, un penetrante olor había llegado hasta él, convirtiéndose, en pocos segundos, en un hedor insoportable, algo así como si hubiesen dejado un cadáver en su alcoba.

La repugnancia le hizo abrir los ojos y sentarse bruscamente en el lecho. Luego encendió la luz.

Mirando a su alrededor, pudo comprobar que todo estaba como siempre; pero el olor seguía impresionándole sin cesar. Era, no le cabía la menor duda, un hedor de descomposición, una sensación fuerte, intolerable, que penetraba en su pituitaria despertando arcadas en su garganta.

Tan impresionado estaba que tardó algunos minutos en mirar sus propias manos. Y fue al hacerlo cuando sus ojos se dilataron por el terror y un ronco rugido de espanto brotó, ininteligible, de sus labios.

¡Tenía la piel llena de pústulas, muchas de ellas abiertas y dejando salir un líquido verdoso que, indudablemente, debía ser el causante del olor que llenaba ya la estancia!

Nunca había experimentado hasta entonces un terror tan grande.

Permaneció como una estatua, completamente inmóvil, sin atreverse a hacer el menor movimiento, sin despegar su horrorizada mirada de sus manos, como si examinase algo que, en manera alguna, podía pertenecerle, formar parte de su cuerpo.

¿Cómo era que no sentía dolor alguno?

Siempre había sido delicado y la menor herida le preocupaba y dolía mucho más que al resto de las personas. Por eso se cuidaba mucho, y el doctor Walter conocía ya su sensibilidad hacia el dolor.

Tuvo que hacer un poderosísimo esfuerzo para extender el brazo y tomar el teléfono que había sobre la mesilla de noche. Hubiese podido llamar al ayuda de cámara, pero prefirió avisar a uno de sus hermanos.

Oyó la llamada, al otro lado del hilo y poco después la voz de Mathias:

—¿Qué hay?

—¡Soy yo, Albert! ¡Ven enseguida, Mathias! ¡Estoy muy enfermo!

—Ahora mismo voy.

Cortó; transcurrieron diez interminables minutos antes de que la puerta de la habitación se abriese.

Mathias, al hacerlo, sintió aquel horrible hedor, frunciendo el entrecejo y, dominando las náuseas que aquello le producía, penetró decidido en la estancia.

Al ver el aspecto de su hermano, cuyo rostro estaba igualmente cubierto de pústulas, retrocedió vivamente, con los ojos muy abiertos y una expresión de horror en el rostro.

—¡Dios mío! —exclamó.

Albert se dio cuenta de que también su cara había despertado el terror en su hermano y se estremeció al pensar en el aspecto

monstruoso que debía ofrecer.

—¡Llama al doctor, Mathias! ¡Ahora mismo!

—Sí... —repuso el otro, sin acercarse— voy a llamarlo ahora mismo.

Mathias se marchó, y Albert volvió a encontrarse solo. Una tristeza infinita se iba apoderando de él, ocupando el sitio de la desesperación primera.

Cuando el médico entró en la alcoba, frunció el entrecejo y, tapándose el rostro con un pañuelo, se dirigió directamente a las ventanas, abriéndolas por completo. La luz del día penetró a raudales en la estancia, haciendo palidecer la de la lámpara que había estado encendida hasta entonces.

Se acercó a Albert.

Después de mirarlo, en silencio, sacó de su maletín un par de guantes de goma, que se colocó velozmente, atreviéndose entonces a tocar la piel de una de las manos del hombre. Su entrecejo seguía fruncido y una expresión de incredulidad había aparecido en su rostro.

—Es extraño... —dijo al cabo de unos instantes.

—¿De qué se trata, doctor?

Levantó el médico la mirada, fijándola en el horrible rostro del paciente.

—¿No le duele nada?

—No. No siento más que este terrible olor.

—Tendré que hacerle una pequeña biopsia.

—¿Qué es eso?

—Cortar un pequeño trozo de piel y examinarla en el microscopio. Francamente, Albert, no sé qué puede ser esto. Es la primera vez en mi vida que veo algo semejante.

—¿Podré curar?

—No lo sabremos hasta que haya terminado de examinar la biopsia.

—¿Y qué puedo hacer mientras tanto?

—¿Qué quiere decir?

—No puedo salir de aquí y necesito que me traigan comida, que me cuiden. ¿Comprende?

—Sí. Pero usted tiene hermanos.

Una sonrisa de tristeza apareció en los labios de Albert.

—Acabo de darme cuenta, doctor, de que no los tengo. Y es natural...; he visto en los ojos de Mathias el mismo horror, la misma repugnancia que veré en los demás. No, no puedo contar con ellos.

—¿Y los criados?

—Menos aún. Si se enteran de mi aspecto, huirán de aquí. Y es normal..., ¿no le parece?

—Sí —asintió el médico.

Hubo una pausa; después Albert habló:

—Tengo dinero suficiente para ir a un sanatorio, pero me da miedo alejarme de la casa, dejar los negocios a mis hermanos. Desde que murieron mis padres, he sido yo quien lo ha dirigido todo y no los considero capaces de llevar las cosas como es debido.

—No creo que deba preocuparse por el negocio en estos momentos.

—Debo hacerlo. El nombre y la dignidad de los Nichols debe ser defendido en cualquier circunstancia. No puedo ir a un sanatorio, porque la gente terminaría enterándose de esto y sería una vergüenza para nosotros. Tampoco puedo abandonar los negocios. Y, por otra parte, ninguno de mis hermanos querrá permanecer a mi lado. ¡Pero yo haré que me rindan cuentas cada día! ¿No hay manera, doctor, de aminorar un poco este olor?

—Podríamos colocar un aparato de perfumar en la habitación.

—Dé las órdenes necesarias para que lo traigan. Después de todo, ni me encuentro enfermo, ni me duele nada. Y espero que usted encuentre la forma de curarme.

—¿No tiene idea de dónde ha podido coger esto?

—¿Coger?

Su cerebro analizó, desde todos los puntos de vista, la pregunta que le había hecho el doctor. Hasta que un recuerdo perforó las tinieblas de sus dudas, como un rayo de luz cegadora.

—¡Ha sido Dan, doctor! ¡Ese canalla!

Y contó al médico el contenido de la carta que había recibido el día anterior.

—Su hermano estudió Biología, ¿verdad?

—Sí, en Tokio. Pero después, según supe, salió para Marte, donde se puso a trabajar a las órdenes del Consejo.

—Comprendo. He oído hablar de las investigaciones que se llevan a cabo en las zonas pantanosas, de Marte. Parece ser que se encuentran allí formas de vida extraña... —Miró las pústulas—. Y esto podría haber sido producido por una de ellas...

Hizo una pausa.

—De todos modos —siguió diciendo—, no podemos, por el

momento, acusar a nadie. Es posible que se trate de una coincidencia.

—¡No lo crea, doctor!

—Ya veremos. Ahora vamos a hacer una biopsia. Estese quieto...: no le haré ningún daño.

Cortó un amplio trozo de la piel de la mano de Albert, metiéndola después en un tubo de ensayo.

—Esta tarde volveré a verle y creo que podré decirle algo.

—Gracias, doctor.

Seis horas después, en el laboratorio de Harold, éste llegaba a la conclusión de que la enfermedad que padecía Albert Nichols no estaba producida por ningún agente conocido en la Tierra. Pero, sin embargo, aquella dolencia tenía un nombre claro, terminante y espantoso:

¡Lepra!

Capítulo

II



ALBERT NICHOLS murió treinta y seis horas después de haber contraído la terrible enfermedad.

Reunido en el amplio salón con los hermanos del muerto, Harold Walter les explicó lo poco que pudo hacer por el finado.

—En el caso de que se hubiese tratado de una lepra como la conocida en la Tierra —dijo—, hubiera sido factible su curación; pero, en este caso, nos hemos encontrado ante algo verdaderamente desconocido. Los síntomas exteriores e internos eran los mismos que en la enfermedad de Hansen: muerte de la piel por falta de nutrición, anestesia completa por destrucción de los nervios sensitivos. Sin embargo, ningún caso estudiado hasta ahora evolucionó nunca a una velocidad tan espantosa, ya que cuando visité a su hermano, cuando me llamó la otra noche, no tenía más que una coloración rojiza en la piel, que no podía, en modo alguno, hacerme sospechar nada de lo que ocurriría después.

Y como ninguno de ellos hiciese comentario alguno, continuó:

—Deben destruir todo lo que se encuentra al lado de Albert, ya que la enfermedad es contagiosa. Aunque creo que los de la desinfección se ocuparán de ello enseguida.

Se puso en pie.

—Ya saben —añadió— que me encuentro a su disposición para lo

que necesiten.

Y salió.

Quedaron los hermanos solos, en silencio, durante un largo rato; después Mathias dijo:

—Creo, hermanos, que el trabajo nos reclama. Albert, por desgracia para todos, nos ha dejado. Pero nuestros deberes siguen en pie.

Era evidente que se había hecho cargo de su puesto y que experimentaba, a pesar de su expresión contrita, un gozo enorme de haberse convertido en el primogénito.

Aquella satisfacción no le abandonó, ni muchísimo menos, cuando subió al coche que había pertenecido a Albert y que, siendo el más lujoso de todos, significaba algo tan importante como que allí iba el dueño absoluto de los asuntos amparados bajo la marca de Nichols.

Se sintió poderoso e invencible cuando ocupó el asiento en el despacho de la dirección y no pudo evitar una sonrisa al darse cuenta de que todos los empleados y dependientes le miraban con admiración y envidia.

Pero su gozo se hundió cuando, en la correspondencia que le llevó el secretario que había servido a su hermano, encontró una carta particular cuyo contenido era el siguiente:

Ya has visto, Mathias, el fin que ha tenido Albert. ¡Ese ya ha pagado su culpa! Ahora te toca, a ti, hermanito. No, no temas, tu final no será el mismo. Poseo toda una gama de cosas interesantes para obsequiaros a cada uno de vosotros con un mal distinto..., pero no por eso menos horrible. De todos modos, voy a tener contigo ciertas deferencias... momentáneas. Tú ya has visto a Albert y puedes darte cuenta, de que no amenazo en balde. Si quieres disfrutar del puesto que, gracias a mí, has conseguido, no tienes más que seguir mis instrucciones: mañana por la mañana pasará un hombre por tu despacho. Se hará anunciar como míster Smith. Tú le entregarás una cartera con un millón de dólares en el interior. Ya sé que puedes tomar notas de los billetes o llamar a la policía. Si lo haces, mañana por la noche, en la cama, te sentirás enfermo y morirás antes de que hayan pasado muchas horas...

Tú verás lo que haces.

Dan

Al terminar de leer aquellas líneas, en frente estaba empapada de un

sudor helado.

¡Había olvidado a Dan!

Pero después de reflexionar unos minutos, llegó a la conclusión de que él, por lo menos, habla tenido suerte, ya que Dan le daba la oportunidad de salvar su vida a cambio de dinero.

Claro que... un millón de dólares...

Normalmente, Mathias debía haber dado cuenta de aquella extraordinaria salida a sus hermanos, reuniéndolos en consejo de familia; pero, pensándolo mejor y seguro de que los otros se opondrían a aquella entrega, aconsejándole que comunicase el intento de chantaje a la policía, se decidió a obrar por su cuenta y riesgo.

Llamó al secretario, ordenándole:

—Prepare un millón de dólares para mañana por la mañana. He de hacer una operación de importancia, Coloque el dinero en una cartera y no tome nota de la numeración de los billetes.

—Bien, señor.

A la mañana siguiente, se presentó un hombre delgado que dijo llamarse Smith. Mathias lo recibió en su despacho.

—Vengo por el dinero —dijo el otro, cuando estuvieron solos—. Aquí lo tiene.

Y le entregó la cartera.

Estaba seguro de haber obtenido un triunfo que Albert hubiese, por lo menos, debido intentar. Así pasaron aquellos ocho primeros días. Hasta que un día, a la hora de la comida, Patricia la miró inquisitivamente.

—¿No te has dado cuenta de que empiezas a adelgazar mucho, Mathias?

Éste se estremeció.

—¿Qué quieres decir?

—¿No os dais cuenta de que nuestro hermano ha adelgazado?

Le miraron uno a uno.

—Es verdad —dijo Robert.

—También me parece a mí —repitió Adam.

No volvió a decirse nada más; pero Mathias, después de comer, ordenó al chófer que tomase el camino de la clínica de Walter en vez de dirigirse a la oficina.

Una vez ante el médico manifestó:

—Creo que he adelgazado, doctor. ¿Quiere examinarme?

—Sí, amigo mío.

Mathias se desnudó y el doctor le hizo un reconocimiento completo.

—¿Cuál suele ser su peso normal?

—Setenta y cinco.

—Venga a la báscula.

Le pesó, comprobando que sólo llegaba a sesenta y seis.

—¿Come con apetito?

—Como siempre. Nunca fui un comilón.

—Bien. Puede vestirse.

Cuando lo hubo hecho, Mathias inquirió:

—¿Tengo algo, doctor?

—No lo sé. Hay un adelgazamiento, pero no creo que sea muy importante. Quizás una excesiva actividad del tiroides. Le prescribiré algo y volverá a ganar peso. No se preocupe por nada. Comprendo después de lo del pobre Albert estén ustedes un poco preocupados —sonrió—, pero le aseguro que esto no tiene ninguna importancia.

—Gracias, doctor.

Y volvió al trabajo.

Durante toda la tarde, tomó los comprimidos que Walter le había recetado. Para evitar que sus hermanos volviesen a aumentar su intranquilidad, telefoneó a la casa, diciendo que le retenían algunos asuntos. Y, cosa inusitada, se fue a cenar a un restaurante de moda, donde pasó una velada bastante, agradable.

Fue al desnudarse en su habitación, una vez regresó a su casa, cuando se percató de que los huesos del cuerpo empezaban a asomar sus aristas bajo la piel.

Se estremeció, mirando con los ojos desorbitados a la imagen que le devolvía el espejo.

Era ya como el asomo de un esqueleto, como si la carne desapareciese por ensalmo.

Se aterró y, sin atreverse a acostarse ni a llamar a nadie, se vistió rápidamente. Bajó al garaje y subió al coche, que lanzó a una velocidad loca hasta detenerse ante la clínica del doctor. Tuvo que esperar media hora, ya que Walter habla salido a hacer una visita urgente.

Cuando se desnudó nuevamente ante el médico y éste le hubo pesado, viendo que la balanza marraba cuarenta y dos kilos, Harold miró al joven.

—¿Ha recibido una amenaza de Dan, Mathias?

—Sí, pero sólo me pedía dinero.

—¿Se lo entregó?

—Sí.

Walter no quiso preguntar la cantidad, aunque imaginaba que era importante. Volvió a reconocer al joven, llegando a la conclusión de que se trataba de la forma de caquexia más fulminante que había visto jamás.

No había salvación.

—Voy a darle una droga fortísima —le dijo.

Pero le ruego que se quede aquí, al menos por esta noche. Quiero llamar a algunos colegas en consulta.

—Como usted quiera.

Y Mathias fue hospitalizado. A pesar de todo, murió aquella misma noche, rodeado de médicos. Su cuerpo fue convirtiéndose en una especie de esqueleto. Era tan horrible verle adelgazar que no podía comprenderse aquel fenómeno más que cómo si alguien la estuviese arrancando la carne a pedazos.

¡Un espectáculo espantoso!

Cuando Mathias murió, Walter despidió a los especialistas que había llamado a consulta y dio órdenes a uno de sus ayudantes para que comunicase a la familia la triste nueva.

Luego torneó su coche y corrió hasta el aeródromo, llegando justo para tornar el reactor que, dieciocho minutos más tarde, le dejaba en Washington,

—Un tal doctor Walter, señor Callowan.

El jefe de la Spacial Internacional Police levantó la cabeza de los papeles que estaba consultando y miró al agente.

—Hazle pasar, Mickey.

—Bien.

Minutos después, Harold Walter penetraba en el despacho de Donald, ocupando un asiento que éste le había señalado, después de estrecharle la mano.

—Usted dirá, doctor.

—Vengo de Chicago, señor Callowan, y soy el médico de cabecera de la familia Nichols. ¿La conoce usted?

—Sí.

—Han ocurrido algunas cosas extrañas en estos últimos tiempos, en el seno de esa familia. Cosas graves también, ya que me creo autorizado, para denunciar a Dan Nichols, el menor de los hermanos, de asesinato perpetrado en las personas de sus hermanos Albert y Mathias.

—¿Asesinatos científicos?

El médico se extrañó, enarcando las cejas.

—¿Cómo lo sabe?

—Una sencilla deducción lógica, amigo mío. Si esos dos hombres hubiesen sido asesinados de manera corriente, no hubiera sido usted quien me lo habría comunicado. Cuando un médico de familia denuncia un doble asesinato, es que se ha obrado de una manera científica, utilizando un veneno u otro procedimiento similar.

—Así es, señor Callowan.

—¿En qué se basan sus sospechas?

Walter le contó la historia de la familia, el matrimonio de Dan y todo lo que después había ocurrido en tan poco espacio de tiempo.

Callowan le escuchó atentamente; después, cuando el médico hubo terminado su relato, elijo:

—Según usted, Albert, el primogénito, murió de una especie de lepra, desconocida por la ciencia de la Tierra.

—Eso es.

—Y el otro, Mathias, de un adelgazamiento que no puede explicarse.

—Sí.

—En ambos casos, si he oído bien, los dos recibieron sendos avisos, con la particularidad de que el segundo tuvo que entregar una cantidad de dinero, bajo la amenaza de que, en otro caso, le sucedería lo que a su hermano mayor.

—Perfectamente.

—Es natural que no sepa usted dónde se halla Dan.

—Lo ignoro.

—Bien. Dan, según lo que me ha contado, trabajó con el Consejo de Investigaciones Científicas, en Marte. Allí debió descubrir formas de vida que ha utilizado para hacer desaparecer a sus dos hermanos. ¿Se convertiría Dan en el heredero universal de los Nichols si éstos, excepto el, naturalmente, desapareciesen?

—Sí.

—Comprendo. Ese joven ha sufrido mucho y la muerte de su esposa debe haberle desquiciado, lanzándole a una venganza horrible..., y un

poco estúpida.

—¿Estúpida?

—Sí. Porque sí se descubren las cartas que escribió a sus hermanos, no podrá gozar de su fortuna.

—Tengo una de ellas, la que me confió Mathias antes de morir.

Y tendió el papel a Donald.

Éste sonrió al ver que se trataba de una nota mecanografiada.

—Es más listo de lo que podía imaginarse en un hombre cegado por el ansia de venganza: esta carta, como la otra, no tienen ningún valor como prueba ante un tribunal.

—Lo suponía.

—Naturalmente, perderíamos el tiempo buscando huellas dactilares, aunque pasaremos la hoja al laboratorio. Un hombre que razona así no comete errores tan estúpidos.

—¿Va usted a hacer algo?

—Sí. Entrando en la liza elementos de otros planetas, cae este caso dentro de mis atribuciones. Nos pondremos inmediatamente en marcha y nuestro primer objetivo será, naturalmente, la búsqueda de Dan. Una vez lo tengamos, creo que todo se aclarará.

—Muy agradecido; pero, por el momento, le rogaría no dijese nada a la familia. He obrado sin consultarles, pero creo que he cumplido con mi deber. ¿No le parece?

—Ha obrado usted bien, doctor.

Walter se levantó.

—Si en algo puedo servirle, ya sabe dónde encontrarme: mi clínica está en Sunder Street y es conocida por todo el mundo en Chicago.

—Muy agradecido.

Una vez, solo, Callowan llamó a Micky Shay.

Cuando éste estuvo ante él preguntó:

—¿Has tomado la declaración en el magnetófono, muchacho?

—Sí.

—¿Qué te parece?

—Un caso curioso.

—Mucho. Ahora mismo vas a hablar con el Consejo de Marte e informarte, con todo detalle, de los trabajos de Dan Nichols, de sus andanzas por allí y del rumbo que tomó cuando salió de allí. ¿Entendido?

—Perfectamente.

Media hora más tarde, nuevamente sentado ante su jefe, Micky empezó a informarle, mientras Donald fumaba un cigarrillo:

—Dan Nichols llegó, hace cinco años, a Marte, en compañía de su esposa, una linda japonesa llamada Ijima. Se presentó al Consejo, ya que había firmado un contrato en Chicago, de donde salió en el «Bell-Star». El contrato le permitió que le fueran pagados los pasajes hasta Marte. Una vez en el Consejo, Donald exhibió sus títulos universitarios.

»Los del Consejo, según me han dicho, estaban impresionados por el nombre de Nichols, ya que nunca habían logrado ninguna subvención para sus tareas científicas de esa casa. Pero se llevaron una sorpresa al insinuar algo al joven Dan, quien les dijo, claramente, que no tenía nada que ver con su familia y que deseaba que no le considerasen como un Nichols.

»Ellos le enviaron entonces a la Base-5, una de las peores, rogándole que dejase a su esposa en la ciudad. Pero ella debió convencerle y se fue con él, permaneciendo todo un año a su lado.

»No pudo resistir más y Dan se vio obligado a llevarla a la ciudad, internándola en una clínica, si volvió al trabajo. Precisamente, respecto a esto, el Consejo no posee más que un informe poco claro. Parece ser, no obstante, que Nichols había descubierto ciertas formas de vida completamente desconocidas y todas ellas muy peligrosas fuera del ambiente marciano.

»La gravedad de la enfermedad de su esposa le obligó a volver a la ciudad; pero cuando llegó, ella había muerto. Después, tras recibir una prima extraordinaria que el Consejo le había prometido y tras enterrar a su esposa, desapareció, sin que nadie pueda decir dónde se encuentra.

—¿No tomó ningún vehículo espacial hacia la Tierra?

—Su nombre no figura en ninguno de los pasajes, aunque pudo utilizar un nombre falso.

—Es muy posible. ¿Volvió a la Base-5?

—Sí. El Consejo le permitió que retirase su equipo personal. Estuvo ocho días allá.

—El tiempo suficiente para apoderarse de lo que necesitaba para la venganza.

—Eso mismo he pensado yo.

Donald se frotó el mentón.

—Lo único a hacer por ahora es saber de qué manera ataca Dan a sus hermanos. Por lo tanto, vas a introducirte en la familia, como sea, abriendo bien los ojos. En realidad, como parece que hay un orden en

esa lista negra y la suerte, la mala, va cayendo sobre quien ocupa el primer puesto, puedes concentrar tus observaciones en el que ahora se ha convertido en primogénito: Robert.

—¿Cómo entraré en la familia?

—Nos ayudará Cummings.

—¿El jefe de la policía de Chicago?

—Sí. Convencerá a Nichols de la necesidad de tener un detective en la casa; alguien que proteja a Robert. No creo que pongan dificultad alguna.

—Perfecto.

—No olvides que Dan tiene que tener algún cómplice en la casa para poder penetrar en ella cuando se le antoje. Entérate si hay alguien entre la servidumbre que apreciara excepcionalmente a Dan. No olvides ningún detalle y comunícame cuanto vayas sabiendo.

—Así lo haré, señor.

Capítulo

III



CUANDO llegó la hora de la comida, Robert miró las dos sillas vacías: la de Albert y la de Mathias; luego su mirada circuló a su alrededor, deteniéndose breves instantes sobre los rostros de sus dos hermanos: Adam y de Patricia.

—¡No quiero ocupar su puesto! —gritó histéricamente.

Hubo un largo silencio; luego Patricia aconsejó:

—Te dejas llevar por los nervios, hermano, y haces mal.

—¿Crees que voy a exponerme a una muerte horrible?

—Se han tomado ciertas medidas.

Robert soltó una carcajada nerviosa.

—¡Se han tomado ciertas medidas!... —exclamó, remedando el tono de voz de su hermana—. ¡Como las que tomó Albert! Me parece estar oyéndole, tranquilo, satisfecho de esas dichas medidas... ¿Dónde está ahora? ¿Y Mathias? ¡No! ¡No ocuparé su puesto! ¡Que venga Dan y se haga cargo de todo! Yo le doy mi parte...

—¡Robert!!

La voz de Patricia había sonado como un trallazo. Y el joven no se atrevió a soportar aquella mirada brillante, donde estaba todo el viejo orgullo de los Nichols.

Bajó la cabeza, avergonzado.

—Perdona, hermana.

—Ya sé que no es nada agradable lo que está ocurriendo —dijo ella —, pero ya te he dicho que las medidas ahora serán diferentes y eficientes: Cummings ha telefoneado esta mañana.

—¿El jefe de policía?

—Sí. Debe de haber sido informado.

—¿Por quién?

—Seguramente por el doctor. Ya comprenderéis que Walter no podía silenciar indefinidamente lo que ha ocurrido aquí. Y le doy la razón. Cummings va a enviar a uno de sus mejores agentes para que no se separe de ti, Robert. Nada te ocurrirá, puedes estar seguro.

El miedo pareció alejarse del joven.

—Eso es otra cosa —dijo.

—Hasta ahora —siguió la hermana— hemos obrado un poco a lo tonto. Debimos tasar medidas serias desde el principio, cuando Albert recibió aquella carta; pero, en realidad, ¿quién de nosotros podía creer que Dan se hubiera convertido en un monstruo? Albert estaba dispuesto a abrirle la casa de par en par.

—¡Es un maldito canalla! —rugió Adam enrojeciendo.

—No debes hablar así de él —dijo Patricia, sonriendo—; después de todo y a pesar de todo, Dan sigue siendo nuestro hermano.

—¡Y nuestro asesino!

—Está perturbado. Por eso me alegro de que la policía tome cartas en el asunto.

—¿Cuándo vendrá ese agente?

—Lo estoy esperando...

Y como si sus palabras hubiesen coincidido con un aviso telepático, la puerta se abrió, dejando paso al viejo mayordomo.

Alain se inclinó, anunciando:

—Un hombre, que dice viene de parte del señor Cummings.

—Hágale pasar, Colman.

—Enseguida, señorita.

Momentos más tarde, Micky penetraba en el amplio salón, echando una rápida ojeada a su alrededor, mientras avanzaba hacia los dos hombres que se habían puesto en pie.

—Me llamo Micky Shay —dijo, estrechando las manos de los dos hermanos e inclinándose ceremoniosamente ante Patricia.

—Tome asiento, señor Shay —dijo ésta, indicándole un sillón—.

¿Desea tomar algo?

—Un whisky, si no es molestia.

—Sírvele, Adam —ordenó Patricia—. Y dame a mí otro: lo necesito.

El hermano menor obedeció. Y cuando el agente y la mujer hubieron bebido un sorbo cada uno, el agente dijo:

—Creo que conocerán ya mi misión en esta casa. ¿Quién es Robert Nichols?

—Yo —repuso el aludido.

—Bien. Dígame ahora lo que debe hacer como nuevo primogénito; es decir, cómo pasará una jornada de trabajo normal.

—Me levantaré a las siete, tomando el desayuno en mi habitación; después, alrededor de las ocho menos cuarto, iré a la oficina, donde me quedará hasta la una, regresando a casa para almorzar a las dos. A las tres y cuarto volveré a la oficina hasta las siete, si no hay algún trabajo especial...

—¿Y después?

—De nuevo a casa, donde toda la familia; es decir..., los que quedamos, tomaremos el té. Luego pasaré a mi despacho para preparar el trabajo del día siguiente y cenaré, con los míos, antes de recogerme, alrededor de las nueve y media.

Micky estaba maravillado de una vida tan monástica.

Preguntó:

—¿No sale nunca?

Fue Patricia la que intervino.

—¿Qué quiere usted decir?

—Sí sale alguna vez... a bailar, a oír música, a cenar fuera.

—¡Nunca! —repuso la mujer, Y con un tono de orgullo es la voz añadió—; Los Nichols no tenemos necesidad de salir de casa para sentirnos completamente felices. Siempre fue así, señor Shay.

—Perfectamente. Y no crea que no dejo de alegrarme, ya que mi trabajo será mucho más sencillo, aunque me veo forzado a sentar algunas premisas.

—Usted dirá.

—El señor Nichols no comerá ni beberá nada de la casa...

—¿Eh?

—Como lo oyen ustedes. El comisario general Cummings enviará, a la hora convenida, desayuno, almuerzo y comida para el señor Nichols. Todo ello será preparado especialmente para él y dentro de sus gustos

particulares. Ni siquiera podrá beber agua de esta casa, ya que la que necesite estará siempre a su disposición y bajo mi control.

Patricia sonrió.

—Veo, con satisfacción —comentó—, que se proponen llevar las cosas por el mejor camino.

—Debemos hacerlo así, señorita. Hay que evitar todas las ocasiones que el asesino pueda aprovechar. Otra cosa: ¿la servidumbre es de confianza?

—Por completo.

—¿Y no hay nadie que recuerde con añoranza a Dan Nichols?

La mujer frunció ligeramente el entrecejo; luego respondió:

—Déjeme pensar. Sólo Colman, el mayordomo, sintió una atracción especial hacia nuestro hermano menor.

—¿Hasta dónde llegó esa predilección?

—No mucho. Le entregó sus ahorros cuando Dan se fue al Japón para iniciar sus estudios.

—Es bastante. ¿Sirve el mayordomo al primogénito de la casa?

—Siempre: es una costumbre inmemorial.

—Pues lamento tener que derogarla. Desde hoy Colman dejará de ocuparse de los asuntos del cabeza de familia. Por el momento, seré yo quien le ayude en todo, con las naturales deficiencias. Dormiré en una habitación vecina y nadie podrá entrar en la suya sin atravesar la mía.

—Estoy de acuerdo con todo —dijo Robert, con una sonrisa de confianza.

El miedo le había abandonado por completo y ahora se sentía dichoso de ser el objeto de tantos cuidados. Indudablemente, Dan perdería el tiempo si intentaba algo, ya que aquel policía parecía dispuesto a llevar su trabajo de una manera concienzuda y eficiente.

Tomaron las disposiciones necesarias, instalando al agente en una habitación, una salita, por la que habla de pasar obligatoriamente todo aquel que desee entrar en el dormitorio de Robert. Ambos, el agente y el nuevo primogénito de los Nichols, rompiendo una costumbre inmemorial, comían las viandas que les eran enviadas desde la Comisaría Central.

Fue la tercera mañana de aquella nueva vida, cuando Robert encontró una carta entre su correspondencia.

Decía lo siguiente:

¡Hola, nuevo primogénito! Veo que te has tomado tu papel en serio, olvidando mi existencia. Pero estoy aquí, dispuesto a enviarte al infierno igual que hice con Robert y Mathias... ¡Ahora te toca a ti, Robert! Nada me importa ese polizone que has contratado. Él no podrá impedir que me vengue. Pero quiero darte una oportunidad, como lo hice con Mathias, aunque éste no me hizo caso. Mañana se presentará en tu oficina un amigo mío, llamado Smith. Le entregarás una cartera con un millón de dólares en billetes de Banco. Ya sé que puedes enseñar esta carta al detective, pero no harás más que perder el tiempo. Porque si le ocurriese algo a mi enviado, morirás mucho peor que nuestros otros dos hermanos.... ¡No olvides la lepra de Albert y la delgadez de Mathias! ¡Tiembla porque lo tuyo será mucho peor! No hagas tonterías y obedece mis órdenes...

DAN

¡Era imposible!

Todas las seguridades de Robert se vinieron estrepitosamente al suelo. Le pareció como si las cosas vacilasen a su alrededor. Y se consideró irremisiblemente perdido.

Tardó mucho en reaccionar; pero, finalmente, recordando lo que había pasado con Mathias, que murió a pesar de haber entregado el dinero, llegó a la lógica conclusión de que lo único que podía hacer era comunicar aquello al detective para que tratara de encontrar solución.

Micky se había instalado en un despacho vecino y baste allí se encaminó Robert, la carta en la mano, tendiéndosela al agente de la SIP, sin despegar los labios.

Shay la leyó con atención un par de veces; después, levantando la mirada del papel, la fijó en el rostro descompuesto de Nichols.

—¿Cuándo la ha recibido?

—Ahora mismo. Estaba entre el resto de la correspondencia. El secretario no la abrió al leer la mención de «personal» que llevaba en el sobre. Aunque me miró de una forma que me hizo comprender que ya está empezando a acostumbrarse a esa clase de cartas.

—¿Es de confianza?

—¿El secretario?

—Sí.

—Lo es. Lleva mucho tiempo con nosotros y jamás nos ha dado prueba de nada desagradable o sospechoso.

—Le vigilarémos, de todos modos.

Hubo una pausa; luego Robert preguntó:

—¿Qué piensa usted hacer sobre lo que dice la carta?

—Preparar el dinero. Haremos como hizo su hermano Mathias: entregaremos lo que nos piden, pero no dejaremos que el tipo que venga a por la cartera se marche, tranquilamente. Yo mismo le seguiré.

—¿No lo cree peligroso o contraproducente?

—No. El asesino está acostumbrado a moverse en completa impunidad, basándose en el terror que despiertan sus cartas y sus hechos. Por eso se atreva a mandar a uno de sus cómplices para recoger el dinero. Esta vez se habrá equivocado. Porque sabremos dónde van a parar los dólares que pide.

—Tiene usted razón.

El resto del día transcurrió sin ninguna novedad. Shay rogó por teléfono al jefe Cummings que estableciese una vigilancia alrededor del secretario. No sospechaba especialmente de él, pero no quería dejar ningún cabo suelto.

Comieron y cenaron, como de costumbre, la comida y la bebida que les trajeron especialmente para ellos dos. El resto de la familia estaba tranquilo, pues tanto Adam como Patricia parecían convencidos de que nada podría ocurrir.

A la mañana siguiente, nada más llegar a la oficina, Robert ordenó que se preparase una cartera con un millón de dólares. Al revisar las cuentas, se había dado cuenta de que Mathias había entregado otro millón, y pensó que debería comunicar a sus hermanos estas salidas extraordinarias, aunque estaba seguro que el detective recuperaría lo que él iba a entregar.

—Cuando llegue ese tipo —le explicó Micky— debe hacer lo posible porque se quede unos instantes en la oficina. Y no se le ocurra tocar lo que él toque. Necesitamos las huellas dactilares de ese pájaro. Yo, detrás de aquella cortina, en la que tendré que hacer un agujero, le sacaré algunas fotos. También debe usted dejar conectado el Interfono, para poder grabar su voz. ¿Entendido?

—Sí.

Esperaron pacientemente a que el misterioso señor Smith se anunciase. Y al ocurrir esto, Shay se ocultó en el escondrijo que había elegido, enfocando su cámara hacia la puerta del despacho de Robert.

Instantes después, un hombre alto, delgado y bien vestido, penetraba en el despacho. El agente ahogó un juramento al ver que aquel hombre

llevaba puesto un sombrero de ala ancha, con ésta echada hacia adelante, lo que impedía ver la parte alta del rostro. El individuo no se quitó el sombrero en ningún momento.

También comprobó Micky, con rabia, que el visitante llevaba guantes, de los que tampoco se deshizo un solo instante.

Tuvo que convencerse de que no estaba tratando con principiantes y si no hubiese tenido la seguridad de atraparlo después, hubiera salido de detrás de las cortinas, enseñando a aquel tipo la forma de entrar en un despacho con un mínimo de cortesía.

Oyó perfectamente lo que el tipo desea.

—Vengo por el dinero.

Su voz era neutra.

—Aquí lo tiene usted. ¿Quiere contarle? —inquirió Robert.

Él otro no contestó por el momento y su mano derecha, enguantada, se adelantó, cerrando la palanquea del interfolio.

Luego dijo:

—Es usted muy listo, señor Nichols; pero hace mal en portarse de esa manera.

Robert palideció, sintiendo que sus piernas flaqueaban.

—Deme el dinero —insistió el otro.

Nichols obedeció, tendiendo la voluminosa cartera al visitante. Éste, sin una palabra más, giró sobre sus talones, dirigiéndose hacia la puerta. Al cerrarse ésta detrás de él, el agente salió de su escondite, precipitándose por la escalera auxiliar hacia el piso inferior; pero, antes de salir del despacho y volviéndose a Robert, gritó:

—¡No se mueva de aquí hasta que yo regrese!

Corrió tanto que pudo permitirse el lujo de salir a la calle bastante antes que el hombre del sombrero de anchas alas. Tenía su rápido coche preparado y estaba ya ante el volante cuando «Smith» salió del edificio, dirigiéndose hacia un coche antiguo pero potente, en el que subió tranquilamente, dejando la cartera en el asiento posterior.

Conducía sin prisas, con una tranquilidad que demostraba que no temía nada. Para evitar que se diese cuenta de que era seguido, el agente tuvo que mantener una cierta distancia entre los dos vehículos.

El hombre tornó una de las más céntricas arterias, dirigiéndose hacia el sur de la ciudad.

Manejando el volante con habilidad, Micky logró mantenerse tres vehículos detrás del que seguía, pendiente de los movimientos de éste, ya que temía que el hombre girase a su derecha en el momento menos

previsto.

Pero no ocurrió nada.

El vehículo que le precedía continuaba su camino hacia el sur, siempre por la misma avenida y sin acelerar demasiado. Contento de las facilidades que, sin saberlo, le daba el falso Smith, el agente se iba preguntando hacia dónde se dirigiría el hombre del sombrero de anchas alas.

¿Le llevaría directamente al lugar donde el Nichols asesino y chantajista se ocultaba?

Aquello sería un triunfo completo.

—¿Eh?

Tuvo que frenar, al hacerlo los dos coches que le separaban del hombre al que perseguía. Un enorme camión que había surgido inesperadamente por la derecha, le obligó a detenerse, mientras la inmensa mole se situaba en la corriente de la circulación.

Durante unos minutos, muy pocos, Micky perdió de vista al vehículo de Smith. Por fortuna, delante del grupo de vehículos, el semáforo se puso rojo, deteniendo el tráfico. Maniobrando con habilidad, el agente, con algunos hábiles golpes de volante, consiguió adelantar al camión, colocándose a la izquierda casi del vehículo que le interesaba.

Y la persecución prosiguió.

Quince minutos más tarde, el coche de Smith se detenía, colocándose en un aparcamiento, al lado de un edificio comercial. Haciendo lo mismo, el joven agente aparcó su coche, viendo que el individuo descendía del suyo, con la cartera en la mano.

Pero la mayor sorpresa la constituyó el ver que aquel hombre no era el que había visitado a Robert Nichols. No llevaba sombrero, era mucho más bajo y gordo y sus cabellos tenían un color pajizo, sembrados, acá y allá, por grupos de canas.

Micky no dudó y salvando rápidamente la distancia que le separaba de aquel individuo:

—¡Un momento! —exclamó.

El otro se detuvo, frunciendo el entrecejo.

—¿Qué desea? ¿Quién es usted?

Shay exhibió su tarjeta de la Spacial International Police.

—¿Qué lleva usted en esa cartera?

—Asuntos personales.

—Haga el favor de abrirla.

El hombre obedeció y Shay pudo comprobar que no había mentido. Algunas camisas arrugadas, un cepillo eléctrico de dientes, una máquina eléctrica de afeitar y unos viejos periódicos y revistas: eso era todo lo que contenía la cartera.

Mirándola ahora bien, Micky se dio cuenta de que no era la misma que Robert había entregado a Smith.

—Antes iba otra persona en este coche. ¿No es así?

—Sí. Tengo autorización para alquilar mi auto y anoche me lo tomaron por todo este tiempo. Convine con el hombre que me lo alquiló, que me lo entregaría, a las once y cuarto aproximadamente, en la esquina de la calle 36.

Shay comprendió que lo del camión había sido una hábil maniobra. Interrogando un poco más a aquel hombre, tuvo que convencerse de que no sabía nada de nada y que sólo había sido un peón hábilmente utilizado por el endemoniado Smith.

¡Y él, todo un agente de la SIP, se había dejado engañar como un novato cualquiera!

Pidió excusas al hombre y volviendo a su coche, apretó el acelerador a fondo, imaginándose la cara que pondría Robert cuando supiese que su millón, el segundo sacado ya a los Nichols, se había esfumado para siempre.

Capítulo IV



HEJANDO a Robert en su casa, protegido por los suyos, Micky aprovechó las primeras horas de la noche para telefonar, desde fuera de la mansión de los Nichols, a la Central de la Spacial International en Washington; es decir, al despacho personal de Callowan.

—El jefe no está —le contestó una secretaria—. Pero ha dicho que me dicte su informe, que he de transmitirle cuando me comunique su paradero.

—¿No tiene idea de dónde puede hallarse?

—En absoluto.

Shay dictó su informe, que la secretaria tomó su cinta magnetofónica, después de percatarse que la línea telefónica había quedado completamente aislada y que nadie podía enterarse de lo que el agente estaba diciendo.

Una vez terminó su informe, Shay volvió a la casa de los Nichols.

Robert se había acostado ya y también Adam. Sólo Patricia estaba en el salón y ordenó que sirviesen un poco de té.

Mientras el mayordomo les servía, la mujer no despegó los labios; pero después, y tras encender un cigarrillo que Shay le había ofrecido, dijo:

—Robert me ha explicado lo que ha ocurrido hoy.

—Sí. Ha sido una desgracia... se han reído de mí como de un novato.

—Usted no tiene culpa alguna, señor Shay. Pero esa gente es muy lista.

—¿No conoce usted a ningún amigo de su hermano Dan?

—¿Por qué me pregunta usted eso?

—Porque Dan debe haberse asociado con antiguos amigos.

—Lo ignoro. No olvide que mi hermano menor abandonó los Estados Unidos hace mucho tiempo y que no tuvimos noticias directas de él en ninguna ocasión.

—¿Indirectamente sí?

—Ya comprenderá usted —y sonrió tristemente— que, a pesar de la prohibición que Albert nos hizo de preocuparnos más de Dan, yo no podía vivir tranquila sin saber lo que hacía. Aprovechándome de algunos clientes nuestros en el Japón, pude saber, de vez en cuando, cómo vivía Dan.

—Lo comprendo. Es normal.

—Pero la Información que yo recibía no era, como puede suponer usted, más que la que me interesaba, concretamente sobre la persona de mi hermano. De sus amistades lo ignoro todo.

—Ya veo.

Hubo una nueva pausa; luego, ella, mordiéndose los labios, expuso:

—Creo que vamos a perder la partida, señor Shay.

Él enarcó las cejas, mirando interrogativamente a la muchacha.

—¿Qué quiere decir?

Patricia tardó en contestar.

Después preguntó:

—¿No se ha fijado usted en que Robert parece como... abotargado?

—¿Abotargado?

—Sí. Parece haber aumentado de peso, está más gordo; pero yo que le he estado observando con detalle, he podido darme cuenta de que su gordura no es normal.

—No he notado nada.

—Mírele bien mañana.

—Lo haré.

Un nuevo silencio se estableció entre ellos.

—No puedo explicarme cómo lo consigue... —musitó ella.

—¿El qué?

Patricia explicó:

—El atacarnos, a pesar de todo. ¡Terminará con todos nosotros, amigo mío! ¡No podremos hacer nada para evitarlo!

—No debe pensar así. La desmoralización es lo peor que puede ocurrirnos.

—No es desmoralización, amigo mío: es realismo. Hasta ahora, dos de mis hermanos han muerto, Robert no tardará en caer, a su vez.

—¿Por qué dice eso?

—Porque he notado hoy que está enfermo.

—¿Está segura?

—Por completo.

—Bien. Va a hacerme el favor de citar al doctor Walter para mañana por la mañana. Quiero que examine a su hermano antes de que salgamos para la oficina. ¡Pero que me aspen si entiendo cómo puede lograr atacarlo! Yo como y bebo lo mismo que él, vivo a su lado y hasta podría decirse que respiro el mismo aire que él...

—Es horrible... —musitó ella, palideciendo.

Y fue la primera vez que Micky la vio vacilar, perdiendo aquella seguridad orgullosa que el agente había considerado, hasta entonces, como su mejor auxiliar en la lucha contra el miedo que invadía a todos los Nichols.

Un miedo a una muerte que se infiltraba, insidiosa, sin que nada pudiese hacerse para evitarla o alejarla.

El hombre estaba fumando un cigarrillo, echado en la cama. A su alrededor, los pocos muebles que había denotaban que el lugar era bastante miserable, sin ninguna comodidad moderna, excepto el aparato de televisión, colocado sobre una banqueta, en uno de los rincones de la estancia.

Sin embargo, en el viejo armario que había al fondo, al otro lado de la puerta, dos millones de dólares en billetes estaban allí, capaces de poder proporcionar a su poseedor todo lo que le faltaba en la actualidad.

El hombre tenía los ojos entornados.

En el fondo, estaba más que satisfecho de lo conseguido hasta entonces y de lo que aún podría conseguir.

Su teléfono, un aparato de tipo anticuado, se puso a sonar en aquel

momento, con una insistencia impertinente.

El hombre abandonó el lecho, dirigiéndose al aparato, que descolgó.

—¿Diga? —inquirió.

Una voz neutra dijo:

—Soy yo.

—Lo suponía. Nadie más puede llamarme. ¿Qué desea?

Hubo un silencio; después el otro habló:

—Habíamos quedado en que obedecería mis órdenes.

—¿No lo he hecho?

—En parte. Lo del dinero no entraba en el asunto. ¿Qué ha hecho con los dos millones?

El hombre se asustó.

—¿Como lo ha sabido usted?

—¡Eso no Importa! Creo que el pago a su colaboración estaba ya fijado de antemano.

—Es verdad... pero ¿quién puede fiarse de alguien en los tiempos que corremos? Usted me prometió una buena cantidad, pero yo he preferido tomar un pequeño adelanto.

—¿Pequeño? Creo recordar que hablamos, en total, de cinco millones.

—¿Y qué? Ya tengo dos.

—Está bien, pero no quiero que se acostumbre a esos... «anticipos». Tendrá el resto cuando todo esto haya terminado. ¡No repita su chantaje, se lo advierto!

El hombre frunció el entrecejo. Y con desgana repuso:

—Está bien. No volveré a hacerlo.

—Eso está mejor. El tercer lote está en marcha.

—¿Se aprecian ya los resultados?

—Sí. Ya han empezado... creo.

—Perfectamente. ¿Ha preparado el cuarto?

—No se preocupe por eso. Ya sé lo que me hago.

—Lo sé.

Una nueva pausa; luego su voz sonó amenazadora.

—Espero que no olvide mi advertencia. Ha de fiarse de mí. Siempre cumplí lo que prometí.

—Ya he dicho que no volveré a hacerlo.

—De acuerdo. Hasta pronto.

—Adiós.

Y el nombré colgó con un gesto de disgusto. Pero aquella expresión desapareció como por ensalmo cuando, después de colgar el micro teléfono, abrió el armario, echando una amorosa ojeada a las dos carteras repletas hasta los bordes de hermosos billetes del Banco de los Estados Unidos.

Luego se echó, sin dejar de sonreír, encendiendo un nuevo cigarrillo y entornando otra vez los ojos.

Soñaba...

Micky se despertó muy temprano. Se levantó, dirigiéndose a la ducha y vistiéndose después, preparado para recibir al doctor en cuanto éste llegase.

Estaba preocupado.

Por un lado, el haber fracasado de una manera tan estúpida el día anterior le ponía furioso, sólo al pensarlo; por otro, las observaciones de Patricia le hacían temblar, ya que si Robert, a pesar de todas las precauciones tomadas, caía víctima del asesino, él y toda la SIP iban a quedar en el peor de los ridículos.

Cuando se hubo vestido, salió al salón, casi tropezando con el viejo mayordomo que, inclinándose, dijo:

—El doctor Walter ha llegado, señor.

—Bien. Hágale pasar.

—Enseguida.

Momentos después, Harold Walter penetraba en el salón, expresando la sorpresa que experimentó al ver a Shay.

—¿Cómo? ¿No estaba usted en Washington cuando fui a ver a Callowan?

Micky sonrió.

—Sí; pero, por favor: no diga nada. Todo el mundo cree que soy un detective enviado por el inspector general Cummings.

—No diré nada. Pero me alegra mucho que la SIP haya tomado cartas en este feo asunto.

—¡Más que feo, doctor! Montamos una vigilancia completa alrededor del actual primogénito: Robert. Ha comido y bebido cosas preparadas por la cocina del comisariado general. No ha visto a nadie ni hablado con nadie sin que yo haya estado presente. Y, sin embargo, la señorita Patricia dijo anoche que había notado algo raro en su hermano.

Dijo que le parecía abotargado.

—¿Por eso me ha llamado?

—Sí.

—Pues vamos a ver a Robert.

Penetraron en la alcoba del joven, despertándolo para que el médico pudiese hacer un reconocimiento completo.

Pero no era necesario haber estudiado medicina para ver que Robert estaba hinchado. Su piel, tirante, brillaba por doquier, víctima de una tensión excesiva y su cuerpo había aumentado de volumen cerca de la mitad del normal.

Walter frunció el entrecejo.

—¡No sé lo que decir! Como esto siga de la misma manera, terminaré por quemar mi título. ¿Se imagina usted lo que experimenta un médico al encontrarse ante cosas completamente desconocidas?

Robert estaba aterrado.

—¿Voy a morir, doctor?

—No diga eso, por favor. Haremos un reconocimiento completo en mi clínica. ¿No le parece, Shay?

—Usted manda, doctor.

Abandonaron la casa poco después, permaneciendo en la clínica de Walter gran parte de la mañana. Cuando el médico hubo terminado su detenido examen, se reunió en su despacho con el agente.

—¿Es grave? —inquirió éste.

—¡Maldita sea! ¿Cómo decirle que no me explico lo que pasa? Indudablemente, se trata de un tumor de la hipófisis, la glándula que regula el crecimiento y el aumento de peso del cuerpo: pero ¿cómo es posible que una enfermedad que para nosotros tarda años en producirse, se haya desarrollado en unas pocas horas? ¡Es para enloquecer!

—¿Tiene salvación?

—No lo sé, amigo mío. Ya comprenderá usted que, después de los casos de sus dos hermanos, no me atreva a decir nada. De los tres, éste parece un caso en el que podríamos intentar algo. Radiación con isótopos en la hipófisis. De todos modos, Robert debe quedar aquí.

—Bien.

Y después de un corto silencio.

—No sé lo que dirá Adam cuando le comuniquemos que ha de hacerse cargo de la casa.

Una triste sonrisa entreabrió los labios del doctor.

—Si no fuese por lo horriblemente trágico que es todo esto, se prestaría a risa. ¿Es que no podemos hacer nada para detener esta cadena de crímenes espantosos? Porque puede matarse a una persona a la que se odia; pero hacerlo de este modo, insuflar un sadismo tan acusado en una venganza es algo que no puede haber salido de una mente sana.

—¿Usted conoció a Dan, doctor?

—Como a todos los hermanos Nichols.

—¿Cómo era?

El médico miró con fijeza a su interlocutor.

—El mejor de todos ellos —fue la inesperada respuesta.

—¿Se da cuenta de lo que dice?

—¡Claro que me doy cuenta! Era el mejor, el más honesto, el más simpático y el más inteligente. ¡Maldita sea! Grave ha tenido que ser el choque que ha sufrido para convertirse en este endemoniado asesino.

—Sí, así ha debido ser.

—¿Cree que he dejado de pensar en ese muchacho? No era más que un niño cuando me asediaba con sus preguntas sobre temas biológicos. Yo, acostumbrado a tratar a los Nichols, no oía más que cuestiones de dinero, de algodón, de nuevas fibras textiles, de mercados en todo el mundo, de clientes... Siempre eran los mismos temas y no se respetaba para nada mi presencia en la mesa. Se hablaba de negocios y el nombre Nichols estaba en todos los labios con un tono de orgullo muchas veces inaguantable. Juzgue mi sorpresa al ver que el benjamín de la casa se alejaba de la temática archisabida de aquellas reuniones aburridas. A partir de aquel momento, Dan y yo fuimos verdaderos amigos y pude estudiarle a placer...

»Era un chico inteligente, con un corazón de oro y que deseaba, como destino particular, hacer algo para salvar a la humanidad. Desde el principio se interesó, sobre todo, por la microbiología. ¡Lástima que se haya desviado tanto de su objetivo!

—Sí. Es doloroso.

Una enfermera penetró en el despacho.

—El señor Nichols le reclama con urgencia, doctor. Y a usted también, señor...

—Vamos ahora mismo.

Penetraron en la habitación que se había destinado a Robert. Éste estaba sentado y su obesidad monstruosa le hacía parecer otro.

Hundidos en la carne del rostro, los ojos, brutalmente empequeñecidos, brillaban llenos de una angustia indecible.

—¿Qué desea, Robert? —inquirió el doctor.

—¡Irme de aquí! ¡Volver a casa, al trabajo!

—¿Se ha vuelto loco?

—¡Oh, no! Lo estaría sí me quedase aquí un momento más... ¿Cree que he olvidado lo que les pasó a mis dos hermanos? ¿De qué les sirvió su pobre ciencia, Walter? Usted es bueno para curar resfriados o reumatismos, como hizo en casa siempre. Pero esto es superior a sus conocimientos y no podrá hacer nada por mí.

—Si es eso... —dijo el médico, avergonzado.

—¡Naturalmente que es eso! No hay más que una persona que pueda detener mi enfermedad e impedir que muera como los otros...

—¿Quién? —inquirió Micky, sorprendido.

—¡Dan! ¡Él la ha producido y puede quitármela! ¡Quiero curarme! Le ofreceré todo, haré que mis hermanos se dobleguen y se le entregue todo lo de los Nichols... ¿Para qué quiero yo las riquezas de mi casa, si no me van a servir para nada...? ¡No quiero morir! ¡No quiero!

Shay tuvo que ayudarle a vestirse, haciendo lo imposible para que el monstruoso cuerpo del joven cupiese en sus ropas habituales.

Una vez en el coche y envuelto en una manta, ya que la ropa no le cerraba en absoluto, Robert se volvió al agente:

—Diga al chófer que pare en la redacción de todos los periódicos de la ciudad. Y también en las emisoras de radio y televisión.

—¿Qué va usted a hacer, Robert?

—Ya lo verá.

Shay obedeció y como el desdichado no podía abandonar el vehículo, llevó personalmente los anuncios que Robert iba redactando y que debían ser publicados en primera página:

«Aviso a Dan Nichols: Tu hermano Robert está dispuesto a concederte lo que pides. Preséntate en casa y se firmarán todos los documentos necesarios para convertirte en el dueño absoluto de la casa Nichols. Sólo te ruego que me cures, tú puedes hacerlo... ¡Ven enseguida y conseguirás lo que desees! Robert».

Los avisos de radio y televisión, pagados con primacía absoluta, estaban concebidos de una manera semejante:

«Se hace saber a Dan Nichols, que su hermano Robert desea

entrevistarse con él, lo antes posible, para hacerle entrega de un documento que le convertirá en el dueño absoluto de la firma Nichols. Sólo deberá presentarse, con garantías absolutas de seguridad, para curar a su hermano. Es lo único que pide a cambio...».

Micky estaba emocionado.

Comprendía perfectamente que todo aquello sería inútil, ya que la Ley no podría perdonar los crímenes cometidos por Dan; pero, de modos, y así se lo dijo a Robert, permitiría que su hermano se presentase y le dejaría en paz mientras curase la enfermedad que padecía el actual primogénito: pues esto podría servirle más tarde, como atenuante en el juicio que habría de celebrarse contra Dan.

Era una llamada emocionante, sentida, un S. O.S. dirigido por un hombre que temía morir a un hermano que podía salvarle.

Si Dan no contestaba, de una manera u otra, ya que no era necesario el que se presentase, pudiendo enviar el medicamento que curase a Robert, Shay se prometía tratarlo con toda dureza cuando el destino se lo pusiese delante.

Capítulo

V



ROBERT, hinchado como un odre y abriéndosele la piel por todas partes, murió, en medio de espantosos dolores, aquella madrugada, sin que nadie hubiese contestado a su angustiosa llamada.

Micky estuvo al lado del joven hasta que murió.

Nunca había sufrido ni visto sufrir de aquella manera. Llegó a desear, en el curso de aquella interminable noche, que Robert muriese para que, al menos, dejase de padecer.

Al fin, el desdichado dejó de existir.

También estuvo con ellos el doctor Walter, que fue avisado por el agente y que, como éste, no pudo hacer nada para aliviar los dolores del moribundo.

Cuando la luz del alba penetró por la ventana de la habitación, Shay se levantó del sillón, mirando al cuerpo de Robert y experimentando una rabia tan tremenda que tuvo que abandonar la estancia para no hacerla patente ante el médico.

Éste salió tras de él.

Los hermanos de Robert, a los que no se había dejado entrar en la habitación del muerto, fueron autorizados a hacerlo en aquel momento.

Adam salió blanco como el papel.

—¡Es espantoso! —exclamó, mirando a los dos hombres.

Y como éstos no dijese nada, incapaces de expresar idea alguna, continuó:

—No esperarán que me haga cargo del puesto que ha dejado Robert, ¿verdad? Pienso irme de aquí, alejarme de esta casa sobre la que ha caído la peor de las maldiciones...

Una vos recia sonó a su espalda:

—¡Ningún Nichols ha sido jamás cobarde!

El muchacho se volvió, tropezando con la mirada de Patricia. Los ojos de ésta brillaban como dos carbunclos.

—¿Crees que voy a dejar que todo el mundo sepa que tenemos miedo? Más pronto o más tarde, la policía detendrá a Dan, a ese loco, haciéndole pagar lo que ha hecho. Pero no quiero volver a pasar la vergüenza de oír por la radio y leer en los periódicos la angustiada llamada que hizo Robert. ¿Cómo pudo olvidarse de la dignidad de nuestra familia, del orgullo que siempre nos ha guiado?

Shay estuvo a punto de meter baza, diciéndole a aquella mujer que estaba completamente loca y que la reacción de Adam era humana, normal. ¿Para qué exponerse a aquel horrible peligro? ¿No era mejor alejarse de allí, esconderse donde fuera, huir de la presencia de aquel monstruo que, sirviéndose de seres de otro planeta, había ido matando fríamente a su familia?

Aburrido de las consideraciones de la muchacha, que seguía sermoneando al pobre Adam, intimidado por la autoridad que siempre había poseído su hermana, se excusó y salió de la casa con el propósito de encontrar, donde fuese, a Callowan.

Las cosas no podían seguir así.

No sabían nada, ni poseían la menor huella del criminal, Éste gozaba de una impunidad completa y ninguno de los esfuerzos hechos por la policía de Chicago había producido los frutos que cabía esperar de las investigaciones llevadas a cabo.

Antes de intentar cosa alguna, ya que deseaba ir a Washington, pasó por el despacho del comisario general Cummings, al que informó detalladamente de lo ocurrido, rogándole además que, por el momento, le hiciese sustituir por un agente de los suyos mientras él estuviera ausente.

—Estoy abrumado —le dijo el comisario—. Yo también he intentado comunicarme con Callowan, pero no lo he conseguido. ¿Cómo es posible que nos haya abandonado en un momento como éste? El público y la Prensa empiezan a protestar cada vez con mayor intensidad... y con más justa razón. Hasta ahora, hemos hecho lo posible para que se supiese poco del asunto. Peco no hemos podido evitar, al final, que las cosas llegasen a la calle y la gente, empezase a preguntar qué clase de policía pagaba con sus impuestos.

—Hablaré con el jefe, señor Cummings.

—Sí, hágalo, por favor.

El reactor de las Líneas Interiores llevó al agente, en muy poco tiempo, a la capital federal. Una vez hubo abandonado el aparato, cogió un taxi haciéndose llevar directamente y sin pérdida de tiempo al edificio de la Central la Spacial International Police.

Una de las secretarias de Donald, que le conocía, le recibió con una sonrisa.

—El patrón no está.

—Pero ¿dónde demonios se ha metido?

—Lo ignoramos. Salió de aquí, dando las instrucciones de costumbre, pero no hemos sabido dónde se encuentra.

—¿Le habéis enviado mis informes?

—Sí.

—¿Dónde?

—Al puesto «A».

Micky se mordió los labios. El Puesto «A» era una sección de transmisiones interplanetarias, utilizado por la SIP. Aquello demostraba que Donald había salido de la Tierra; pero ¿dónde se encontraba?

Naturalmente que podía haber otros asuntos de mayor importancia, que le hubiesen requerido con urgencia máxima; pero, de todos modos, era completamente imposible que hubiera olvidado el asunto Nichols, sabiendo, por los informes que Shay le había ido enviando, lo que había pasado en Chicago.

¿Y cómo dejaba que los miembros de aquella familia fuesen cayendo uno a uno?

Micky escribió un nuevo informe, en el que comunicaba la muerte de Robert y sus temores de que el asesino terminase con los dos que quedaban:

Adam y Patricia.

No quiso abandonar Washington, con la oculta esperanza de que

Callowan llegara de un momento a otro. Por eso, permaneció en la Central, sin salir para nada, como si estuviese de guardia permanente. Muchos compañeros del Servicio le entretuvieron, contándole los menudos asuntos que les ocupaban.

A él le daba asco de hablar del suyo.

Y fue dos días después, cuando ya empezaba a desesperar de ver a Donald, que no había dado el menor signo de vida, cuando recibió una llamada telefónica del doctor Walter, que le llamaba con toda urgencia,

—¿Es usted, Shay?

—Sí. ¿Qué ocurre?

—¡Adam!

—¿Ha muerto?

—No, mucho peor. Esta vez la crueldad del asesino ha llegado al máximo. ¡Lo ha vuelto loco!

—¿Eh?

—Sí. Adam está loco furioso. Se ha escapado y corre con su coche por las calles, disparando contra todo el mundo. Cummings está fuera de sí y hay más de trescientos policías que lo buscan por todas partes. Ha matado ya a once personas, todas ellas inocentes.

—¡Santo Dios!

—Hasta ahora, por mucho que se ha hecho, no se ha logrado localizarle. Desaparece durante el día, surgiendo, al llegar la noche, en el sitio donde menos se espera. Recibió una carta nada más hacerse cargo del puesto de Albert.

—¡Seremos nosotros los que acabaremos locos, doctor!

—No lo dude. ¿Va usted a venir?

—Inmediatamente. En el primer reactor que salga para ahí.

—Venga enseguida. Nadie sabe lo que hacer por aquí y yo sentiría que lo matasen como a un perro.

—Bien. Hasta dentro de poco, doctor.

—Adiós.

El aspecto del enorme salón de la casa de los Nichols, donde le esperaba el doctor, pareció a Micky mucho más imponente que nunca. Y quizá contribuyese a ello la presencia de una Patricia, completamente vestida de negro, enojada, no obstante, y ocupando el sitio que había pertenecido siempre al primogénito.

Shay se percató de la expresión de la mujer, de la viveza de su mirada, del porte señorial que brotaba de su potente personalidad.

A un gesto, de Patricia, tomó asiento a su izquierda. El doctor Walter estaba sentado a la derecha de la muchacha.

Hubo un largo silencio; luego, Patricia preguntó:

—Le ha dicho el doctor lo ocurrido con Adam, ¿verdad?

—Sí. Es lamentable.

Ella hizo un gesto autoritario, como si rechazase de plano, por inútiles, todas las palabras que el agente pudiese decirle.

—Dejemos eso, señor Shay, Ya se habrá dado cuenta de que la policía ha sido incapaz de detener la mano asesina que ha vaciado esta casa en pocos días...

Micky fue a decir algo, pero ella le contuvo de nuevo, con un gesto semejante al que había hecho antes.

—No, señor Shay... no admito excusas. La realidad es una y no podemos disfrazarla con paliativos que no serían de la mejor clase. Y no crea que le digo esto para echarle en cara algo: usted ha cumplido su deber y ha hecho cuanto ha estado al alcance de su mano para evitar la catástrofe; pero, como decía antes, de nada han servido sus esfuerzos y los del comisario general Cummings, al que he telefoneado esta mañana, rogándole que cesase de enviarme guardianes de todos los tamaños.

Hubo una nueva pausa.

Luego, con idéntico tono de voz, continuó:

—Si alguien puede detener a un Nichols, ha de ser otro Nichols, señores. Y esto es, sencillamente, lo que me propongo: detener a mi hermano, convenciéndole de que no puede atacarme y que yo he sido, desde siempre, aunque he estado en último lugar, quien ha dirigido esta casa.

»Mis hermanos, desde el pobre Albert hasta Adam, obraron siempre de una manera automática, sin darse cuenta de que gracias a mis consejos vencían las dificultades que, por otra parte, nunca deseé creyesen resueltas por mí... Ahora es distinto.

»¡Ni el mismo Dan podrá substraerse a la influencia que ejercí sobre él desde que era pequeño hasta que abandonó esta casa! Yo me conozco y estoy completamente segura de que no se atreverá a hacer conmigo lo que ha hecho con los otros...

La petulancia desenfrenada de aquella mujer puso fuera de sí al agente que, sin poderse contener, dijo:

—¿Y no pudo usted, señorita Nichols, emplear esa maravillosa influencia antes?

Ella le miró, tardando unos segundos en contestar.

—Me hubiese gustado hacerlo, señor Shay... pero no me di cuenta, ¡torpe de mí!, que quizás hubiese logrado más que ustedes con sus maravillosos medios de investigación, con el omnímodo poder policíaco del que disponen... ¿Cree acaso que no hubiera impedido, de estar a mi alcance, la muerte de mis hermanos?

—Estoy seguro de que lo hubiese hecho, señorita —repuso Micky.

—Lo que ocurrió —dijo ella, como si no hubiese oído la cortés respuesta del joven— fue que yo, como cualquier pobre mujer, me cegué por la presencia y la ayuda que ustedes me brindaron; es decir, nos brindaron, tan generosamente. ¿Cómo podría yo, me dije, hacer algo que no hiciesen los guardianes de la Ley? Pero ahora es diferente... Ya no tengo que defender, por desgracia, a ninguno de mis hermanos. Me he quedado sola y he de demostrar, antes de nada, que no tengo miedo a Dan...

Sus ojos adquirieron un brillo metálico y su voz se endureció hasta lo inconcebible, demostrando una voluntad de acero.

—Y Dan —dijo, con una lentitud extrema, como si deseara recalcar cada una de sus palabras— sabe que no le tengo miedo.

—Yo lo tendría en su lugar, Patricia... —dijo el médico.

Ella se volvió hacia Walter.

—Lo comprendo, doctor. Pero es que usted no es un Nichols... —sonrió— y no quiere decir esto que desprecie su personalidad. Sabe que le conocemos muy bien en casa y que se le aprecia de verdad. Pero es que los Nichols aprendieron a no tener miedo. Y si alguno de mis hermanos ha desfalecido en última instancia... si los nervios se han apoderado de ellos, habrán ustedes comprobado, no obstante, que ninguno ha dejado, a pesar de las amenazas y de su cumplimiento, de ocupar el puesto que el hermano asesinado dejaba vacante al desaparecer.

»Yo no abandonaré tampoco mi puesto... de eso pueden estar seguros ustedes. Y, si por desgracia me cupiese la misma suerte que a mis hermanos, lo he dispuesto todo para que Dan no. Reciba ni un solo centavo de lo que tantos esfuerzos y sacrificios costó a nuestros mayores...

El doctor y Shay abandonaron la casa poco después. Una vez en la calle y cuando el médico se brindó a llevarla en su coche a donde se

dirigiera.

Micky no pudo más, y estalló:

—¿No cree usted que esa mujer está completamente loca, doctor?

Walter, mientras ponía las llaves de contacto, sonrió; luego, contestó:

—No me extraña que se lo parezca, amigo mío. En realidad, todos los Nichols estuvieron siempre algo tocados de la cabeza. Todos excepto Dan.

—¡Pues éste demuestra estar aún peor!

—Es verdad. Lo que ocurre, además, es que esta familia vivió siempre en un ambiente ficticio, enfermizo, cultivándose los unos a los otros como esos prematuros que pueden verse en cualquier clínica obstétrica. Fuera de los Nichols, no veían más que vulgaridad, pobreza o maldad. Se criaron así, mi joven amigo, y es así como mueren: creyéndose imprescindibles, repletos de un orgullo que está lógicamente fuera de la época en que vivimos.

El doctor se sumió en sus pensamientos.

Marcharon un poco, dirigiéndose hacia el centro de la ciudad, sin que el doctor acelerase demasiado.

—A fin de cuentas —dijo el agente, rompiendo el silencio que se había hecho entre ellos—, esa mujer me da lástima.

—Igual me ocurre a mí —repuso el médico—. Sobre todo cuando pienso en lo que va a ocurrirle.

—¿Cree que debemos abandonarla de esta manera?

—Eso debe ser usted quien lo diga. Usted y el señor Callowan.

Shay torció el gesto.

—No tengo noticias de él —musitó, con la voz algo truncada.

—Entonces deberá ser el comisario Cummings. ¿Por qué no va a verle?

—Era precisamente lo que me proponía.

Durante el día, escondido en las afueras de la ciudad, Adam Nichols comió lo que habla robado en la madrugada, permaneciendo oculto, al tiempo que sus ideas se calmaban un poco, aunque su mente continuaba cerrada a toda clase de ideas constructivas.

A veces, muy pocas, creía recordar algunas cosas de su anterior vida normal, pero no eran más que relámpagos que abrían rayas de luz

efímera en las tinieblas que le enturbiaban la mente.

Sin embargo, los recuerdos de su persona estaban vivos en su cerebro y no tenía la menor duda respecto a su identidad y la de los demás hombres. Por eso, por estar en contacto con la realidad, aunque ésta le apareciese deformada, como vista desde detrás de un cristal de aumento.

Lo que no podía recordar era por qué había matado a gente que se cruzó por su camino. Los muertos, en el fondo, le eran completamente indiferentes y todo su odio estaba concentrado en una persona: Patricia.

Al disolverse las fuertes amarras de respeto y miedo que le habían mantenido atado durante tanto tiempo, Adam debió, lógicamente, volver su airada protesta hacia las que le habían tenido sometido a aquella especie de esclavitud moral. Y habiendo muerto todos sus hermanos, de Dan apenas se acordaba, era normal que su furia se volviese hacia Patricia, cuya persona representaba ahora a todos los Nichols.

Esperó pacientemente la llegada de la noche y cuando el sol se ocultó, empezando a encenderse las escasas luces de aquella parte de la ciudad, el joven se incorporó, sintiendo que la furia se apoderaba de él nuevamente, con idéntica fuerza que las noches precedentes.

¡Pero esta vez debía matarla!

Sólo destruyéndola para siempre creía que su mente alterada podía dejar de sufrir.

Se escurrió como una sombra por callejuelas infectas, acercándose a una gran vía secundaria. La circulación era bastante intensa por aquella calle, pero Adam, con el sombrero echado y el cuello del abrigo levantado, pudo pasar desapercibido con cierta facilidad.

Hacía frío y la gente se apresuraba, marchando con pasos rápidos.

Dos calles más allá, el joven descubrió un coche de patrulla policíaca, justo en el momento en que uno de los agentes bajaba del coche, dirigiéndose a una tienda vecina.

Necesitaba un vehículo y apretó la pistola en la mano, dentro del bolsillo del abrigo, acercándose cautelosamente al coche policial. El agente que estaba ante el volante había encendido un cigarrillo, que fumaba plácidamente.

Avanzando con pasos quedos, Adam llegó junto al policía, disparándole un tiro por detrás y destrozándole la cabeza.

Obró con una rapidez vertiginosa, abriendo la portezuela y tirando del cuerpo hacia afuera, mientras la gente gritaba histéricamente y

algunos se alejaban corriendo de allí.

Pero el, policía de la tienda también habla oído el disparo y salió, creyendo que su compañero se había visto obligado a hacer fuego contra el fugitivo. Justamente, aquella patrulla, como todas las que se movían por la ciudad, estaba detrás de él y el policía que había abandonado el coche había ido a enterarse en la tienda si alguien de sus señas había comprado víveres.

Para desgracia del agente, nunca creyó que el disparo saliese del arma del asesino. Por eso, excesivamente confiado y creyendo que era su compañero quien había abierto fuego, no sacó su arma, encontrándose a Adam que, al oír la campanilla de la puerta de la tienda, se volvió, con la pistola en la mano, oprimiendo nuevamente el gatillo.

El policía recibió el disparo en el pecho, desplomándose pesadamente.

Adam, que no había perdido ni un solo segundo, penetró en el coche, poniéndolo inmediatamente esa marcha y acelerando al máximo para alejarse hacia el centro de la ciudad.

El tendero, que había visto caer al policía desde el interior del establecimiento, corrió en su auxilio, pero el agente, que se encontraba verdaderamente mal, hizo un esfuerzo.

—¡Avisé a la Central! —exclamó—. ¡Diga que ese loco se ha apoderado del coche 203!

Así fue como la policía de Chicago supo que Adam se había lanzado a su última aventura.

Entretanto, el joven conducía serenamente, a velocidad endiablada, sorteando los escasos obstáculos que se presentaban ante él, ya que todo el mundo creía que se trataba de un coche que iba a efectuar un servicio de urgencia, abriéndole paso dócilmente. No había puesto en marcha la sirena, pero aquello no importaba.

Se dirigió directamente hacia su casa. Mientras la policía, que había recibido el aviso del tendero, tendía una red formidable de coches alrededor del vehículo robado, que ya había sido visto por algunos agentes de tráfico.

El deseo de Cummings, que seguía las operaciones desde la Central, hubiera sido impedir que Adam llegase a la mansión de los Nichols e hizo cuanto pudo por evitarlo. Pero el joven, sorteando algunos coches que se habían colocado en la calle, formando una especie de parapeto, pudo alcanzar la calle donde estaba situada su casa y parar, poco

después, ante la entrada.

Fue entonces cuando una docena de coches de patrulla desembocaron por los alrededores, haciendo sonar sus sirenas con el propósito de asustar al demente.

Este, abandonando su auto, corrió hacía las escalinatas que conducían a la entrada de la casa, sobre cuya puerta golpeó con todas sus fuerzas.

Los policías encendieron sus reflectores portátiles, lanzando sobre Adam una concentración de luz que le cegó. Rabioso, al ver que la puerta no se abría, empezó a disparar contra los autos de la policía, con tan mala fortuna que hirió gravemente a un agente que manejaba uno de los reflectores.

Los muchachos de Cummings habían recibido orden de no disparar contra Adam, Pero la muerte de su compañero y las noticias que tenían de que dos de los suyos acababan de morir también, cuando el fugitivo se apoderó del coche, inclinó la balanza hacia la violencia y empezaron a disparar contra aquel demente que no merecía piedad alguna.

Adam se defendió, disparando a su vez sin parar.

De repente, dio un salto tremendo, saliendo del quicio de la puerta donde se había ocultado a medias. Y una doble ráfaga de ametralladora le segó, haciéndole brincar unos segundos antes de desplomarse definitivamente.

Micky, que acababa de llegar, corrió hacia él, comprobando que había muerto.

El destino de los Nichols parecía no detenerse por nada.

Otro nombre, en la lista negra de Dan, acababa de borrarse para siempre. Ya no quedaba más que Patricia, la mujer orgullosa que había demostrado su desprecio hacia la policía, pero que ahora, quisiera o no, debía la vida a los hombres de Cummings.

Volviendo al despacho de éste, el agente de la SIP le explicó lo ocurrido.

—Lamento —dijo el otro— que mis muchachos se hayan visto obligados a disparar. Pero estaban hartos de ese loco.

—Ha sido la peor jugada de Dan —dijo Shay, con una expresión sombría.

—Es verdad.

Hubo un silencio. Un agente entró en el despacho, entregando un telegrama a su jefe. Éste lo leyó atentamente y una sonrisa apareció en sus labios.

Después, mirando a Micky, exclamó:

—Tengo noticias para usted, amigo mío: de Callowan.

—¿Eh?

Los ojos del agente se abrieron coma platos.

—Sí —siguió diciendo Cummings—. Aquí hay una orden para usted: debe tomar el primer astrocohetes de servicio y dirigirse a Marte. Allí le espera su jefe.

Era la mejor noticia que Shay había recibido en su vida.

Capítulo VI



Al descender de la astronave que le había llevado a Marte, Micky vio enseguida la silueta maciza de su jefe, corriendo hacia él y estrechando con fuerza la sólida mano de Donald.

—¡Gracias a Dios, señor!

Callowan sonrió.

—Ya sé que has pasado una mala temporada. Recibí tus informes que me fueron enterando de todo lo que ocurría en Chicago. Pero vamos al coche. Salimos ahora mismo.

—Bien, señor.

Shay se preguntó hacia dónde, pero comprobó que el vehículo, en las seguras manos de Donald, atravesaba la ciudad como una exhalación, temando una gran autopista.

—¿Ha muerto Adam? —Inquirió el jefe de la SIP.

—Sí. Se volvió loco y mató a unas cuantas personas, entre ellas tres agentes de la policía.

—Lo sé. He hablado con Cummings.

—¿Tenía usted algún asunto Importante aquí, señor?

—¿Lo dices porque no he estado en Chicago todo este tiempo?

—Sí.

Pasaron unos segundos antes de que Callowan contestase.

Luego dijo:

—Todavía no sé mucho del problema, Micky, aunque empiezo a ver claro algunas cosas. Pero tranquilízate: vine a Marte para trabajar sobre el mismo asunto.

—¿Aquí?

—Sí. Ya sé que puedes decirme que hubiera sido mejor quedarme allí e intentar sagnar la vida de algunos de los que han caído. Pero olvidas que no hubiese logrado absolutamente nada.

Y después de una pausa continuó:

—Lo malo de nuestra época, amigo mío, es que luchamos contra criminales demasiado inteligentes. Y no es eso sólo: lo peor es que utilizan medios científicos, que nuestros mismos hombres de ciencia no pueden detener. ¿Qué podía hacer yo contra esos microbios hallados en Marte y desconocidos por los sabios terrícolas?

—Lo comprendo.

—Tú tampoco pudiste hacer nada.

—Y eso es lo que me ha decepcionado más. En el caso de Albert y Mathias, la cosa tiene una explicación, ya que no tomamos las medidas pertinentes para protegerlos. Pero con Robert, que vivió a mi lado..., ¡es para volverse loco!

—Ya encontraremos la explicación a todo. Lo triste de este caso es que no hemos podido intervenir antes.

—Yo siento un poco de vergüenza de que no hayamos podido localizar a un asesino en una ciudad como Chicago.

—No era un asesino lo que teníamos que localizar, Micky, sino unos seres Invisibles, unos microbios mortales que no podíamos descubrir en modo alguno.

—¡Pero alguien manejaba esos microbios!

—¡Esa es la cuestión! ¿Quién, amigo mío?

—Dan.

—Es posible. Pero también lo es que Dan dejase los microbios en la Tierra, dispuestos de manera que fuesen actuando contra sus hermanos, regresando él aquí y despistándonos por completo.

—¡Pero eso es imposible, señor! ¡No irá usted a intentar decirme que los microbios estaban domesticados!

—No es eso. Shay.

—¿Entonces?

—No puedo decírtelo por ahora, porque sencillamente también yo lo

ignoro. De todas maneras, creo que la solución del problema está aquí, en Marte, y no en la Tierra.

El joven agente lanzó una ojeada, viendo que la autopista había desaparecido y que el terreno se hacía desigual, al tiempo que la humedad aumentaba extraordinariamente.

—¿Dónde vamos?

—A las instalaciones del Consejo.

—¿A las Bases?

—Sí. Yo ya las he visitado, en parte. Pero no pudiendo llevar solo el plan que había forjado, he tenido que llamarte. Ya sabes que los agentes nuestros aquí son conocidos, desdichadamente, y no puedo echar mano a ninguno de ellos.

—¿Cree usted que encontraremos en las Bases la solución del asunto?

—Ésa es mi esperanza.

No volvieron a despegar los labios en un largo rato, Sólo al llegar a una zona desde la que se veía una de las cúpulas transparentes, fue cuando Donald detuvo el vehículo.

—Ya hemos llegado —dijo.

—¿Qué hacemos ahora?

—Escúchame bien. Vas a abandonar el coche. ¿Llevas armas?

—Sí.

—Te adelantarás, por un camino que voy a enseñarte ahora, escondiéndote a un par de millas de aquí. Veas lo que veas, no dispires a matar y si te das cuenta de que estoy en peligro, abre fuego, pero buscando sólo herir a mi agresor.

—Comprendo.

—Procura esconderte bien, de modo que él no te vea. Si sospecha que le hemos tendido una trampa, no podremos aclarar las cosas.

—Perfectamente.

—En marcha, Micky.

Se alejó el agente, una vez que Callowan le hubo señalado el camino. Una neblina densa flotaba sobre el suelo, como si estuviese pegada a la tierra.

Donald esperó unos minutos, vigilando la marcha de las agujas en su cronógrafo; luego, con una extraña sonrisa en los labios, avanzó decididamente por el camino asfaltado que conducía a la cúpula.

Pulsó el botón de llamada, pero tardaron bastante en abrirle. Y

cuando lo hicieron, el rostro del doctor Slater apareció en el dintel, con una expresión nada amable.

—¿Puedo pasar?

El otro se hizo a un lado y Callowan penetró en el salón que servía de «hall».

—¿Cómo ha venido usted otra vez? —inquirió el científico.

—Ya lo ve. Mi periódico está interesado por el reportaje del que le hablé a usted. Desean una información completa de las Bases y de la vida abnegada de los investigadores científicos en Marte.

—¿No le di detalles de todo?

—Sí, pero el director se empeña en que saque unas fotos.

—Puede hacerlo. ¿Quiere subir?

Donald negó con la cabeza.

—No es aquí donde debo hacer las fotos, sino en la Base-5, en la más adelantada.

Slater se mordió los labios.

—¿Qué interés pueden tener los lectores en conocer aquella Base? No es nada importante y no está en condiciones de ser visitada. El Consejo no vería con buenos ojos que dejase meter las narices al primer periodista que llegase.

—No creo que el Consejo fuese tan puntilloso doctor.

—¡Eso lo dice usted!

Y después de una pausa, con voz colérica, gritó:

—¡No estoy dispuesto a permitirle indiscreciones, señor periodista! Si desea sacar fotos de esta Base, puede hacerlo con entera libertad. Le informaré de cuanto desee. Pero eso es todo.

—Lo lamento.

—Yo también, pero no puedo hacer otra cosa.

—Creo que ha comprendido mal mis palabras, doctor.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que, sintiéndolo mucho, voy a hacer fotos en la Base-5. Mis lectores lo piden y yo debo hacerlo.

—¡Se lo prohíbo!

Callowan tornó a sonreír.

—Vuelvo a lamentarlo, doctor, pero voy a ir.

—¡Claro que lo lamentará!

—¿Es una amenaza?

—No es ninguna amenaza. Pero, escúcheme, por favor: ¿es que no se

da cuenta de que la Base-5 está situada en una zona sumamente peligrosa, con una fauna microbiana que no conocemos aún muy bien? ¿Quiere contraer alguna horrible enfermedad por no escuchar mis consejos?

—Tendré cuidado.

—¡Qué cuidados ni qué perras! Usted es un ignorante que quiere meterse en la boca del lobo.

—Soy mayor de edad y puedo disponer de mi vida, dentro de lo que la moral me impone. Adiós.

—¡Le pesará! —rugió el otro.

Y una vez que Callowan hubo salido, el médico subió al piso superior, pegando el rostro al plástico transparente que cubría la cúpula. La niebla era muy densa, pero pudo entrever la silueta de Donald que se alejaba por el estrecho camino que conducía hacia la Base-5.

—¡Maldito! —estalló.

Abrió un armario y se apoderó de un rifle, comprobando que estaba cargado; después se puso el impermeable y echándose la capucha sobre la cabeza, Slater abandonó la cúpula, tomando el camino que había seguido el jefe de la SIP.

Shay estaba entumecido.

La humedad le penetraba en el cuerpo y maldecía el no haber traído ropas impermeables. Por otro lado, la visibilidad era malísima y sólo, de vez en cuando, gracias a algún rayo de sol que conseguía atravesar la densa capa de bruma, lograba divisar parte del camino que había tomado.

¿Cómo quería Callowan que le protegiese en aquel infernal lugar?

Los nervios iban apoderándose de él a medida que el tiempo iba pasando. Y temblaba al imaginar que, de un momento a otro, sin que pudiese evitarlo, oiría el disparo que pondría fin a la vida de Donald, sin que él pudiese hacer nada por descubrir al asesino en aquella niebla del demonio.

¡Menudo papelito le habían dado!

Estaba acostumbrado a las cosas raras de Callowan, pero aquélla era la peor misión que le había confiado su jefe.

Esperó.

El tiempo pasaba con una lentitud horrible y la bruma era tan densa como al principio. De repente, el joven vio aparecer una silueta borrosa en el lugar al que su vista alcanzaba.

Empuñó el arma, levantando el brazo, pero sonrió, momentos después, al reconocer a Callowan, que andaba deprisa, envuelto en su impermeable y sin mirar ni una sola vez atrás.

Sin embargo, Shay estaba completamente seguro de que el «otro» le seguía.

Callowan pasó muy cerca del agente, sin parecer verlo, aunque Shay estaba seguro de que nada escapaba a los ojos de lince de Callowan. Escondido, esperó unos segundos, ya que otra silueta ésta mucho más delgada, apareció entonces y el agente pudo ver a un hombre que apretaba fuertemente un rifle entre sus manos enguantadas.

El hombre avanzó rápidamente, apuntando entonces a la silueta de Callowan, que parecía flotar, como cercenada en su mitad inferior, sobre un océano de niebla.

Shay disparó.

Lo hizo con una precisión matemática, atravesando el hombro derecho del agresor, que, con un grito, se desplomó en el suelo.

Corrió hacia él, oyendo al mismo tiempo los recios pasos de su jefe, que también se acercaba corriendo.

El hombre, como pudo comprobar el agente, había perdido el conocimiento.

—¡Buen disparo, Micky!

—Gracias, señor.

—Toma este paquete de cura y véndalo. Espero que no sea muy grave.

—No lo es, señor.

Shay vendó el hombro del doctor.

—Tendrás que cargártelo en las espaldas, amigo.

—Bien.

Lo hizo, siguiendo a su jefe, que aminoró su paso, haciéndolo más lento, para permitir que el agente marchase a su lado. Poco después, notando que Shay empezaba a cansarse, cargó él con el cuerpo de Slater, y así fueron turnándose hasta que llegaron a las cercanías de la Base-5, cuya cúpula se erguía entre los jirones de niebla.

—Creo que nos merecemos un descanso, ¿no es así, Shay?

—Creo que sí.

—Dame un cigarrillo.

Lo encendieron, fumando unos instantes en silencio.

—¿Quién es este hombre? —inquirió Shay, cuya curiosidad no podía más.

—Se llama John Slater y es uno de los investigadores del Consejo.

—¿Culpable?

—Él mismo lo ha demostrado al intentar matarme, ¿no te parece?

—¿Lo conocía a usted?

—Sí, pero no como jefe de la SIP. Me presenté a él, hace dos días, como un periodista que deseaba hacer un reportaje sobre las Bases del Consejo. Estuvo muy amable y me explicó muchísimas cosas que yo ignoraba. Pero cuando le hablé de visitar la Base-5 se negó en redondo.

—¿Por eso le ha atacado?

—Sí. Y por eso te llamé. Estaba completamente seguro de que haría cualquier cosa por impedir que llegase hasta aquí.

El joven miró a la Base.

—¿Por qué? ¿Qué hay ahí dentro?

Donald sonrió.

—¡Me gustaría saberlo! Pero hay que educar los nervios, amigo mío... Por eso hemos encendido un cigarrillo y descansado un poco. Pronto conoceremos el secreto de nuestro querido doctor Slater.

Y tirando la colilla al suelo, ordenó:

—Vamos. Cógele. Aquí se moriría de humedad y de frío.

Shay obedeció, caminando detrás de Callowan. Éste fue acercándose a la Base, comprobando que la puerta estaba cerrada.

—Déjalo en el suelo. Voy a ver si tenemos la suerte de encontrar la llave.

La halló en uno de los bolsillos del sabio. Con ella en la mano, se acercó a la puerta, que se abrió silenciosamente momentos después.

Una vez dentro y luego de haber cerrado de nuevo, se encontraron en un saloncito semejante al que Donald conocía en la cúpula de Slater pero más reducido.

—Espera aquí.

Y desapareció, subiendo ágilmente las escaleras que conducían a la planta superior.

Shay dejó el cuerpo sobre uno de los sillones, mirando curiosamente a su alrededor. En el interior hacía un calorito agradable; pero, a pesar de lo acogedor de aquella Base, Micky se estremeció al pensar en lo

largo que sería permanecer allí, encerrado, meses y meses, alejado del mundo, en medio de un ambiente hostil y tenebroso hasta lo indecible.

—¡Shay!!

Era la voz de Donald.

—¿Qué hay, señor?

—¡Sube!

Micky escaló las escaleras de cuatro en cuatro, desembocando en la parte superior de la cúpula, donde se hallaba su jefe.

—¿Qué te parece, muchacho?

El joven siguió con la mirada la dirección trae la mano de Callowan le señalaba.

—¡No! —exclamó.

Se quedó con la boca abierta, como si viese visiones.

Un hombre, casi completamente desnudo, estaba encadenado a la pared. Una argolla le rodeaba el cuello, pendiente de una cadena que no debía tener más de metro y medio de longitud. El hombre yacía en el suelo, sobre una colchoneta hedionda, embrutecido y con los ojos cerrados.

Una barba de muchos días, sucia e hirsuta, cubría su rostro. Y los cabellos, igualmente largos, le daban el aspecto de una extraña criatura, de uno de esos desdichados que fueron los héroes de los escritores del siglo diecinueve.

—¡Es espantoso!

Shay balbució:

Porque el cuerpo ofrecía las huellas de una tortura cruel. Las marcas conservaban aún un poco de costra en sus bordes y las manos de aquel desdichado carecían de uñas, que le habían sido arrancadas de cuajo.

—Voy a presentártelo, amigo mío... ¡Aquí tienes a Dan Nichols, el hombre que tú y toda la policía de Chicago buscaban inútilmente!

—¿Dan? ¿Es Dan?

—El mismo. Baja junto al doctor y tráeme aquel llavero. Es posible que encontremos la llave de la argolla.

Momentos después, y no con poco trabajo, Callowan conseguía librar a Dan de su encadenamiento. El joven Nichols no reaccionó lo más mínimo. Y los dos hombres de la Spacial International Pólice lo tendieron en un sillón, ocupándose de él, limpiando sus heridas y lavando aquel cuerpo que despedía un hedor espantoso.

Micky se preguntaba qué misterio podía encerrar todo aquello.

Y Callowan, adivinando las ideas de su agente, expuso:

—Ya lo sabremos, Shay. Lo más importante es conseguir que este pobre muchacho se recupere.

—¿Cree que vivirá mucho tiempo?

—No creo que esté tan grave como para morir. Por el momento, cuando hayamos limpiado bien su cuerpo y espolvoreado sus heridas con un antibiótico que siempre llevo encima, le pondremos una inyección para que duerma.

—¿Y después?

—Llamaremos a la ciudad para que nos traigan un helirreactor. Aunque tendremos que esperar, por lo menos cuarenta y ocho horas, antes de que Dan Nichols pueda contarnos su horrible odisea.

Capítulo

VII



El hombre no se quitaba los guantes ni para dormir. Sabía que debía tomar todas las precauciones posibles si quería que el asunto no fallase.

Sólo se quitaba los guantes cuando comía. Y lo hacía en distinto sitio cada vez, utilizando restaurantes variados donde nadie podía conocerlo.

Lo importante para él, y lo que le causaba un placer siempre renovado, era la contemplación del dinero que guardaba en el armario. Aquellas dos carteras le producían una sensación de tranquilidad que nunca había experimentado.

Cogió en algunas ocasiones algunos billetes de valor medio y se compró algunas ropas, permitiéndose el lujo de adquirir algunas joyas y de pagar la casa con una regularidad que no podía despertar sospechas.

¡Dos millones de dólares!

Dos millones a los que muy pronto, aquella misma noche, iban a agregarse otros tres, con lo que el asunto quedaría terminado, regresando de nuevo a Marte, donde Slater debía esperarle ya con verdadera impaciencia.

Había llegado la noche y el hombre fumaba cigarrillo tras cigarrillo, satisfecho de lo que había hecho y de las precauciones que había tomado, ya que nadie podría decir que el doctor Bell había estado en la Tierra, puesto que, además de llegar al planeta con nombre supuesto, había tenido el cuidado de no dejar huella alguna.

Por eso no se quitaba los guantes.

Ahora fumaba, nervioso, esperando la visita que iba a completar la suma prometida.

Pasaba el tiempo y su impaciencia crecía.

Hasta que oyó el ruido del ascensor que se detenía en su piso y poco después sonó el timbre de la puerta.

Fue a abrir, haciéndose a un lado para que Patricia Nichols, que llevaba una maleta aparentemente pesada, penetrara en la estancia.

La mujer dejó la maleta en un rincón, dejándose caer en uno de los sillones.

—¿Quiere beber algo?

—No.

Hubo una larga pausa.

James, inquieto, encendió un nuevo cigarrillo y, sonriendo preguntó:

—¿Está contenta de cómo se ha llevado el asunto? Todo se ha hecho de acuerdo con sus planes.

—Sí.

—Lo hemos hecho bien, ¿verdad?

Ella torció el gesto.

—La única cosa que no me gustó, y ya se lo dije por teléfono, es que utilizase el chantaje para obtener esos dos millones.

—¡No he vuelto a hacerlo más!

—Afortunadamente; pero, de todos modos, su avaricia pudo echarlo todo a rodar.

—No lo creo.

Patricia le miró con desprecio.

—¿Qué sabe usted? Si alguien hubiera reflexionado un poco, se habría dado cuenta de que ningún Nichols, incluso Dan, sería capaz de practicar el chantaje: esa manera de obrar es impropia de nosotros. Por fortuna, ni los estúpidos policías ni el doctor Walter, que era a quien yo temía más, pensaron en ello.

—Todo eso ha terminado ya.

—Sí. ¿Ha gastado todo el dinero?

—¿Eh? Sí apenas he cambiado medio millón de dólares...

Se dirigió al armario y, abriéndolo, mostró las repletas carteras a la muchacha.

—¡Aquí están!

—Ya lo veo.

—Y usted ¿ha traído el resto?

—¿Es que no ha visto la maleta?

—Perdone, señorita. Pero tengo unas ganas locas de terminar con todo esto. He pasado unos días muy malos y mi deseo es tomar la astronave para Marte.

—¿Ha podido comunicar con Slater?

—Sí. Lo sabe todo.

—Entonces estará tranquilo...; creo que debe darme de beber, Bell.

Él torció el gesto.

—Antes le he ofrecido y no quiso aceptarlo.

—Pero ahora tengo sed.

—¿Un «whisky»?

—Si.

Se volvió el hacia el mueble-bar. Y, en aquel momento Patricia, abriendo su bolso, extrajo una pistola con un dispositivo silencioso, descerrajando un tiro en plena nuca del hombre.

Éste se desplomó sin un lamento.

Obrando con rapidez, la mujer cogió una sábana del lecho, envolviendo la sangrienta cabeza del hombre en ella; después, tras comprobar que todas las manchas desaparecían al limpiarlas enérgicamente y que la sábana no estaba empapada en sangre, se cargó el cuerpo, cogiendo la maleta con la otra mano.

Nadie hubiese dicho que aquella mujer, aparentemente frágil, tuviese tal reserva de energías.

Subió al montacargas, descendiendo hasta el sótano. Luego salió a un pequeño patio, donde dejó el cuerpo. Abrió la maleta, de la que sacó una lata de gasolina y, después de rociar el cuerpo, la prendió fuego, con la seguridad de que nadie vería nada, ya que había sido ella la que buscó aquella casa a Bell y el patio no daba más que a la ventana de la estancia que ocupaba el doctor.

Dejando que el cuerpo se consumiese, Patricia volvió a subir al piso, con su maleta, metiendo en ella las carteras que contenían el dinero. Con una sonrisa de triunfo, abandonó la estancia, segura de que nadie

sabría jamás lo que allí había pasado.

Walter penetró en el salón, donde ya estaba preparado, como cada día, su desayuno.

—Buenos días, Patricia.

—Buenos días, doctor.

Ella miró, encontrando que su rostro poseía una expresión de plena satisfacción.

—¿Y esos ánimos?

La muchacha sonrió.

—Mejor que nunca... Como verá, doctor, no me he equivocado: Dan no se atreve a hacerme daño.

—Yo no estaría tan seguro.

—Pues yo lo estoy. Mis hermanos cometieron el error de tratarle mal, demasiado duramente creo. Usted le apreciaba mucho, ¿verdad?

—Es un buen muchacho.

—Lo sé. Ahora puedo decirle que yo no lo olvidé nunca y que le envié dinero sin que los otros lo supiesen.

—¡Oh!

—Por eso puede explicarse el que me guarde un poco de reconocimiento.

—Da todos modos, es extraño que haya detenido su venganza.

Yo lo encuentro lógico, amigo mío. Dan consiguió dos millones de dólares y la desaparición de las personas a las que odiaba de todo corazón. ¿No cree que se ha dado cuenta que su venganza ha terminado?

—Pero ¿dónde está?

—¿Y yo qué sé...?

—¿Olvida, Patricia, que es un hombre al que todo el mundo busca y que la policía no parará hasta hallarlo?

—No lo olvido, doctor. Y, hablándole con franqueza, ha de saber que me gustaría que escapase...

—¡Patricia!

—¿Se alarma? ¿No es natural que yo le desee un poco de suerte? ¿Cree que no le ayudaría, como lo he hecho todos estos años?

—Comprando sus sentimientos.

—Delante de sus hermanos y, sobre todo, cuando vino con la japonesa, tuve que mostrarme hostil, odiosa hacia él y su esposa; pero en el interior de mi corazón sentía la congoja de no poder decirle todo lo que le quería. ¡Hemos sido unos locos, doctor!

El médico asintió.

—Eso es verdad, Patricia. Ahora que se puede hablar claro, quiero decirle que jamás me gustó el ambiente que se respiraba en esta casa.

—Tiene usted toda, la razón. Pero ahora todo cambiará, amigo mío. La pena es que mis pobres hermanos no puedan ver lo que la casa de los Nichols va a modificarse... ¡Hasta es posible que haga otra casa! ¡Un edificio claro, moderno, abierto al aire y al sol! ¡Y recibiré visitas y daré fiestas! No quiero seguir en esta especie de castillo feudal.

Y después de una pausa, continuó:

—Bueno. Es hora de ir a la oficina. No hay que olvidar los deberes.

—¿Lo lleva bien todo?

—No es demasiado difícil. Cuando Albert era el jefe de familia, yo creía, tonta de mí, que el trabajo que hacía era importantísimo. Pero ahora he podido darme cuenta de que no es tan terrible, ni muchísimo menos; además, me gusta.

El doctor sonrió.

—No sabe cuánto me alegro de que toda esta horrible pesadilla haya terminado.

—Ya también, doctor.

Patricia despachó la correspondencia.

Se sentía feliz, orgullosa en aquel despacho que nadie como ella podía ocupar.

Y al pensar en la cuantiosa fortuna que poseía, gozó por anticipado de todo lo que iba a proporcionarle. Debía pensar en divertirse, ya que cualquier empleado importante podría sustituirla durante su ausencia. Y quería viajar, ir de un lado para otro, conocer mundo y disfrutar de todo lo que la tendencia a la misantropía de los Nichols le había impedido gozar hasta entonces.

—Una carta personal, señorita.

—Gracias.

Se alejó el secretario y Patricia miró el sobre escrito a máquina, desgarrándolo para extraer de su interior una hoja de papel doblada.

La desdobló.

Algo así como un estremecimiento le recorrió la espalda, nublándosele la vista por unos cortos segundos.

¡Era imposible!

Pensó en la estúpida broma de alguien, prometiéndose destrozar a quien se hubiese atrevido a ello.

Pero, después, a medida que releía el contenido de la carta y se fijaba en la escritura, era manuscrita, no pudo evitar un segundo estremecimiento.

«Querida Patricia: Lamento muchísimo el estropear esa preciosa temporada que estás empezando a vivir. Ahora, que te has convertido en la dueña absoluta, de todo, me apena, sinceramente, tener que comunicarte que tu turno ha llegado. Los otros, Albert, Mathias y Adam cayeron primero. Ahora te toca a ti. Tú eres el último nombre que queda en mi lista negra. Y debes morir. Tu hermano,

DAN.»

Un sudor frío empapaba su cuerpo.

¡No, no era posible!

Y, sin embargo, ¡aquella era, sin duda la escritura de Dan, que hubiese reconocido entre mil escritos distintos!

La misma forma de cerrar algunas vocales, la misma manera de adornar las mayúsculas.

No cabía duda.

¡La escritura de Dan!

¿Entonces?

Pulsó el botón, haciendo que el secretario se precipitase en el despacho.

—¡Póngame una llamada urgente con el Consejo Científico de Marte! ¡Enseguida!

—Bien, señorita.

Diez minutos más tarde, obtenía, por el visófono, lo que había solicitado. La paz serena de uno de los miembros del Consejo apareció en la pantalla, preguntando:

—¿Qué desea?

Patricia hizo lo imposible por serenar su expresión.

—Soy Patricia Nichols, profesor —dijo, logrando una sonrisa que más parecía una mueca—. Y deseaba hablar con el doctor Slater, John Slater, que creo trabaja para ustedes.

—Un momento, por favor.

Desapareció la imagen del hombre, volviendo poco después.

—El doctor Slater ya no trabaja para nosotros, señorita Nichols.

—¿Sabe dónde está?

—Lo ignoro, aunque puedo decirle que marchó a la Tierra.

—Muchas gracias.

—De nada.

Se ennegreció la pantalla.

¡Ahora se lo explicaba todo!

Slater deseaba vengarse y ella había sido lo suficientemente idiota como para querer aprovecharse de todo.

¡Al diablo con los dos millones de dólares!

¡Y con los cinco!

SI hubiera pagado a Bell, todo estaría arreglado y ahora no se encontraría frente a un enemigo desconocido, con el terrible peligro de contraer una de aquellas horribles enfermedades incurables.

Se estremeció.

¡Necesitaba ayuda! ¡Mucha ayuda! ¡Y no se movería de allí hasta que alguien de confianza fuese en su busca!

Llamó a Cummings.

—¡Buenos días, señorita Nichols!

—¡He recibido una carta horrible de Dan, inspector! ¡Tengo miedo! Envíeme toda la protección que pueda... ¡Pagaré lo que sea!

—Un momento, un momento... voy a enviarle a Shay, al que usted conoce.

—Sí, hágalo, por favor. Pero no me envíe a Shay sólo. Que vengan más policías.

—Está bien.

Minutos después, cuatro coches se detenían ante la puerta, y Micky entraba en el despacho de la mujer.

—Veamos esta carta, señorita.

Se la entregó y Shay frunció el entrecejo.

—¡Es extraño! Es la primera que no la envían mecanografiada.

—Sí... —balbució la muchacha.

Shay sonrió.

—No se preocupe usted, señorita. Vamos a su casa. Veinte agentes la rodean y nadie podrá entrar en ella.

—¡Muchas gracias!

La casa, en efecto, estaba vigilada como nunca lo había estado y Patricia se sintió moderadamente segura, expresando, no obstante, el miedo que no lograba vencer.

Capítulo

VIII



ATRICIA angustiosamente exclamó:

—Tengo miedo...

—Serénese, señorita... Nada puede ocurrirle.

Walter se acercó a ella.

—Se han tomado toda clase de precauciones. Patricia. Esta vez, Dan no logrará nada.

—¡Ojalá!

Pero miraba a uno y otro lado, con los ojos desorbitados por el terror.

—¡Que me traigan la comida de la comisaría!

—Así lo haremos.

—¡El agua también!

—Sí.

Causaba pavor su expresión medrosa, el brillo febril de sus ojos y los estremecimientos que le recorrían el cuerpo.

—¡No quiero lavarme!

Shay frunció el entrecejo.

—¿Lavarse?

—¡No! ¡Que me traigan el jabón de la comisaría!

—Así lo haremos, señorita.

Mandaba a Shay, a cada momento, para que inspeccionase los puestos de vigilancia, recordándole que nadie debía acercarse a la casa y que se debía disparar contra quien lo intentase.

—¡Walter!

—¡Dígame! Patricia.

—Mande que compren una jauría de perros feroces... ¡No importa lo que cuesten! Que los suelten en el jardín. No quiero que nadie se acerque a la casa durante la noche.

—Está bien.

Hacia las seis de la tarde, sin haber probado más que un poco del café que le habían traído de la casa del comisario, se adormeció un poco, apoyando la cabeza en la mesa del salón.

Walter lanzó un suspiro.

—¡Es espantoso! —dijo.

—Sí. Pocas veces había visto yo un miedo tan grande. ¿Es posible que llegue a descomponer a una persona de esa manera?

—Sí, amigo mío. El miedo puede llegar a matar a un ser humano.

Patricia se despertó poco después, y Walter y el agente consiguieron, comiendo del mismo plato que ella, que tomase algún alimento.

—Debe irse a la cama, Patricia —dijo el doctor.

—¡No!!

—No sea, así, señorita —insistió Micky—. Su habitación está prácticamente rodeada por agentes y nadie puede acercarse a ella.

—¡Quiero verlos!

Tuvieron que llevarla, sujetándola, al piso de arriba y hacerle visitar los puestos que la policía había colocado, formando una verdadera barrera alrededor de su alcoba.

Aquello pareció tranquilizarla un poco.

—Bien. Voy a dormir. Lo necesito.

Penetró en su dormitorio, desnudándose a medias. El miedo seguía atenazándola, pero la fatiga llegó a dominar cualquier otro sentimiento, obligándola a cerrar los ojos.

Dejó encendida la luz.

Su sueño, como era de esperar, estuvo saturado de horribles

pesadillas y se debatió, de un lado para otro, con el cuerpo empapado en un sudor frío, gimiendo dolorosamente.

—¡Patricia!

Se agitó más, luchando contra la fatiga que le había puesto plomo en los párpados.

—¡Patricia!

Estaba segura de que la estaban llamando. E intentaba escapar al sueño, sintiendo una angustia, como si algo le impidiese hacerlo.

—¡Patricia!

Se despertó bruscamente, asustada, sentándose en el lecho, pero con los ojos aún cerrados.

—¡Patricia!

Ahora los abrió y también la boca que, durante unos segundos, no le sirvió más que para aspirar el aire que necesitaban sus pulmones cuya respiración parecía haberse paralizado.

—¡Tú!

Dan estaba junto al lecho.

—Sí, soy yo, Patricia...

Ella se sentía desfallecer; pero, dominándose, preguntó:

—¿Qué haces aquí? ¡Debo estar soñando!

—No, Patricia... estás bien despierta.

—¿Entonces?

—No estoy muerto, como tú hubieras querido.

—¿A qué has venido?

—A matarte.

Le miró, con los ojos dilatados por el horror.

—¿Por qué? ¡Si estoy dispuesta a dártelo todo! ¡Todo!

—No quiero nada, Patricia. Sólo tu vida.

—¡No puedes matarme, Dan! ¡Soy tu hermana!

—¿Te detuvo eso cuando mataste a los otros? ¿A Albert? ¿A Mathias? ¿A Robert? ¿A Adam?

—Ellos fueron muy malos contigo, Dan: lo merecían.

—¿Y tú... fuiste acaso buena? ¿Te acordaste alguna vez de tu hermano pequeño?

—¡Ahora estoy dispuesta a hacer de ti el hombre más rico y poderoso del mundo! ¡Pondré todo a tu nombre y yo te cuidaré, pendiente de tus deseos!

—Antes confiaría en una víbora...

—¡Oh!

—Es lo que eres, Patricia: un reptil venenoso. ¿Por qué mataste a los hermanos?

—Eso no importa ya.

—Pero ¿los mataste?

—Sí, los maté...

Dan se echó hacia atrás, al tiempo que la puerta se abría, dejando paso a Donald Callowan, que se acercó al joven.

—Bien, muchacho. Muchas gracias.

Y volviéndose a la mujer:

—Patricia Nichols: queda usted detenida bajo acusación de asesinato en las personas de Albert, Mathias, Robert y Adam Nichols, y en la persona del doctor James Dell. ¡Vamos, apresúrese! El coche policial está esperando...

Walter bebió un sorbo más de su vaso y con un gruñido expuso:

—Yo soy el único de ustedes que sigue sin saber nada. ¿Es que no se me van a explicar las cosas?

Callowan sonrió.

Estaba encendiendo un magnífico habano, costumbre que tenía cuando terminaba un asunto satisfactoriamente.

—Enseguida, doctor.

Estaban también Cummings y el agente Shay.

—La cosa empezó —dijo Donald— cuando Dan llegó a Marte. El muchacho era un hombre que no podía ocultar, su apellido y, al mismo tiempo, tampoco podía negar su valía como biólogo.

»Descubrió, en la célebre Base-5, donde su esposa cayó enferma, una serie de microorganismos, cuya actividad patógena empezó a estudiar con ardor.

»Pronto vio que aquellos microbios eran terriblemente peligrosos ya que en sus observaciones con animales de ensayo, pudo darse cuenta de que producían enfermedades espantosas. Consciente de su deber, envió un primer informe, bastante incompleto, al Consejo.

»Pero todos los informes habían de pasar por la Base donde se hallaban dos médicos: John Slater y James Bell. Estos dos hombres estaban fastidiados por su estancia en Marte. Su ambición desmedida les hizo concentrar su atención en la persona de Dan, aunque todavía no

sabían lo que esto iba a proporcionarles.

»Dan era un muchacho de carácter abierto y cuando su esposa cayó enferma se franqueó con sus dos falsos amigos. Ellos conocieron así lo que ocurría en la familia Nichols.

»El plan estaba ya formándose.

»Además, las investigaciones de Dan les procuraron lo que necesitaban: un arma que ninguna policía del mundo pudiese descubrir: los microbios de la zona pantanosa de Marte.

—¿Qué hicieron entonces?

—Se aprovecharon de las circunstancias. Cuando Dan enterró a su pobre esposa, volvió a la Base-5 para recoger sus cosas y llevarse las notas que había tomado.

»Entonces, ellos se apoderaron del muchacho, encadenándole salvajemente en la Base.

—¿Qué querían de él para obrar de ese modo?

—Que les explicase lo que sabía. Ellos habían leído los informes, pero desconocían los procedimientos de selección de las cepas microbianas. Como Dan se dio cuenta de lo que se proponían, se vieron obligados a torturarlo.

—¡Pobre muchacho!

—Una vez obtenido lo que deseaban, Slater se quedó en Marte, vigilando a Dan, ya que éste debía seguir indicando procedimientos para obtener todos los microbios que ellos necesitaban.

»Bell, llevando un depósito de tres de las cepas, llegó a Chicago; pero tuvo miedo de obrar por su cuenta, percatándose de que, debido a la vida austera que llevaban los Nichols, le iba a ser completamente imposible penetrar en la casa para infectar a los hermanos.

»Fue entonces cuando tuvo la luminosa idea de entrevistarse con Patricia.

»Dan les había hablado, cuando confiaba en ellos, del carácter de aquella mujer terrible. Y Bell, que no era tonto, comprendió enseguida que Patricia podía servirle.

»Ella se dio cuenta, por su parte, de la maravillosa oportunidad que se le presentaba. Estaba más que harta de vivir en el ambiente que sus hermanos le imponían y deseaba adueñarse de todo para poder vivir su vida, para poder gozar de ella como las cismas mujeres...

»Se puso de acuerdo con Bell y fue ella la que puso los microbios de la lepra en el té de Albert y los de la caquexia en la comida de Mathias... Fue entonces cuando Shay apareció y como temíamos, con

razón, que la comida o la bebida fuese el medio de infección, optamos porque Robert no comiese ni bebiese más que lo que mi agente le proporcionase.

—¡Pero también enfermó!

—Sí. Patricia se sirvió de un medio maquiavélico. Y cuando Bell le entregó el tercer lote, que Slater le había enviado desde Marte, utilizó el jabón de baño para producir a Robert aquella gordura que terminó con él.

—¡Es horrible!

—El cuarto lote, que contenía microbios capaz de hacer enloquecer a una persona, le fue suministrado a Adam cuando Micky estaba en Washington.

—¿Y las cartas?

—Las escribía Bell que, al mismo tiempo, era el hombre que iba a recoger el dinero de los chantajes. Pero esto lo hizo sin permiso de Patricia, desconfiando de aquella harpía.

»Y fue su perdición.

»Una vez eliminados sus hermanos y sabiendo que Dan estaba encadenado y que moriría más o menos pronto, Patricia fue a casa de Bell y lo mató, quemando su cadáver.

—¿Cómo lo han reconocido?

—Por la dentadura.

—Comprendo. ¿Como una mujer podía ser tan monstruosamente criminal?

—Todavía no lo sabe usted todo.

—¿Falta algo?

—Sí. Cuando Adam, enloquecido, se acercó a esta casa, con la idea de matar a Patricia, la locura le dio por eso, ya que siempre la había odiado y temido, fue muerto a tiros en la puerta. ¿Lo recuerda?

—Sí. La policía lo mató.

—No, no fue la policía.

—¿Eh?

—Cummings me comunicó lo ocurrido y yo le ordené que examinaran los forenses el cuerpo del joven.

—¿Y qué encontraron?

—Que el balazo que mató a Adam no procedía de ninguna de las armas de la policía, ya que las dos ráfagas fueron disparadas contra sus piernas. Y Adam murió a consecuencia de un balazo que le penetró por

la boca.

—¿Quién le disparó?

—Patricia, que tiró desde una de las ventanas vecinas a la puerta.

—¡Que mujer!

»La historia de esta familia nos demuestra que no debe exagerarse en cuando al rigorismo en unas normas que no pertenecen a nuestra época. Los Nichols no podían terminar de otra manera.

—Pero queda Dan.

—Afortunadamente. Él se salvó por no ser como sus hermanos.

—¿Dónde está ahora?

—En un hospital de Washington. Está sometido a un tratamiento de cirugía estética, sobre todo en los dedos. No olvide que le fueron arrancadas las uñas.

—¿Y Slater?

—Comparecerá junto a Patricia Nichols. Ambos serán condenados a muerte.

—La justicia acaba con la maldad —sentenció el doctor.

EPÍLOGO

EL plurireactor se posó en el espaciódromo de Tokio.

Callowan y Shay descendieron del aparato, tomando un vehículo que les condujo a una zona residencial de la capital japonesa. El coche se detuvo ante un edificio encantador, con su correspondiente minúsculo jardincillo alrededor.

Una muchacha japonesa se inclinó ante ellos, saludándoles:

—Bienvenidos, señores.

Después de descalzarse, a la entrada de la casa, los dos hombres penetraron en el interior.

—¿No está el señor Nichols?

—Volverá enseguida... ha salido a hacer unas compras.

Les sirvieron un té delicioso en unas microscópicas tazas. Estaban tomando la que hacía dos cuando Dan penetró en la estancia.

—¡Qué agradable sorpresa! —dijo, estrechando la mano a los dos hombres.

Callowan sonrió.

—No creía que viniésemos, ¿verdad?

—Ni sí ni no —repuso el joven—. Sé que están muy ocupados y que era posible que no encontrasen el tiempo necesario para ello. Pero se lo agradezco sinceramente.

—Era un deber.

La japonesita volvió a aparecer.

—Ésta —dijo Dan—, es mi prometida. Compañera de estudios de Ijima, ha comprendido que yo no podía casarme con nadie más que una japonesa.

—Encantados —dijeron los otros dos.

Y Callowan, volviéndose al joven, preguntó:

—¿En qué ha parado la casa Nichols?

—Ya no hay casa Nichols, señor Callowan.

—¿Eh?

—No. La vendí a un amigo mío. Hoy aquel negocio se llama casa Roster. Ya comprenderán que no podía quedarme en Chicago.

—Era normal.

—Además, nunca me interesó el negocio de mis mayores. Y no quiere decir esto que no me diese cuenta del esfuerzo que habían hecho.

—Lo suponemos.

—Para mí, no hay nada como la ciencia y dentro de ella, la investigación biológica.

—¿No me irá usted a decir que va a volver a Marte?

Dan miró a la japonesa.

—Ésa es precisamente nuestra idea, señor Callowan. Hishita y yo, en cuanto nos hayamos casado, nos iremos a Marte.

—Pero... ¿y los peligros?

Sonrió.

—No serán los mismos que causaron la muerte de Ijima. Hoy, gracias a mis aportaciones al Consejo, las Bases han sido convertidas en alojamientos que no tienen que envidiar a ningún hotel lujoso del mundo.

—¿Y los microbios? Ésos no habrán desaparecido.

—No, por fortuna.

—¿Por fortuna?

—Sí. Se ha descubierto que aquella zona no pertenece al suelo marciano.

—¿No? ¿Entonces...?

—Se trata de un gigantesco meteorito que cayó sobre Marte. En su seno, fuera de la acción térmica del exterior, habría varias zonas de microbios que fueron las que yo descubrí.

—Eso me tranquiliza —dijo Donald.

—¿Por qué? —inquirió el joven.

—Porque eso quiere decir que los microbios no se extenderán. ¿No es verdad?

—En efecto. Para nuestra suerte, los microbios que mataron a mis hermanos no pueden hacer daño a nadie más, ya que vivieron muy poco, lo suficiente para dañar a los organismos donde penetraron. Esos microbios no pueden vivir en la Tierra y en Marte.

—¡Formidable!

El joven sonrió.

—Pero creo que usted olvida algo, señor Callowan.

—¿Qué?

—Que ya está preparándose una expedición que irá a Júpiter. Y, precisamente, el meteorito llegó de la zona de Júpiter. ¿Se imagina lo que podría ocurrir a los astronautas de la Tierra, si no lográsemos encontrar los medios para vencer a esos horribles microbios?

—¡Ahora comprendo! ¿Es por eso por lo que va a Marte?

—Sí.

—La humanidad entera le recompensará y se lo agradecerá, señor Nichols.

—En todo caso, el agradecimiento de todos debe ir hacia usted que fue quien me sacó de la Base-5.

—Eso pertenece ya al pasado.

El matrimonio se celebró aquella misma mañana y los dos hombres conocieron a la larguísima familia de la muchacha, sorprendiéndose al oír a Dan expresarse en el más puro japonés.

Una comida, al estilo japonés, fue servida en la casa de los novios.

Y Dan, tomando la palabra, dijo:

—Quiero presentarles a Donald Callowan. Todos nosotros conocemos la fama de esa magnífica organización que es la Spacial International Police. Callowan es su jefe y hoy nuestro invitado de honor.

Tradujo lo que acababa de decir y después, Donald, contestó a los elogios.

—Agradezco mucho las muestras de simpatía de todos vosotros, amigos míos. Justamente, mi visita al Japón coincide con el estudio de un caso del que, por el momento, no puedo hablar. Pero aquí, como en todo el mundo, el crimen y el delito se albergan en el corazón de los hombres. Y nosotros hemos venido a combatirlo.

»Hay aquí, en esta hermosa tierra, agentes de la SIP que luchan por defender una Ley que hace que la humanidad pueda vivir tranquila. Esos hombres nos han llamado y nosotros acudimos dispuestos a ayudarles en su honrosa misión.

Hubo muchos aplausos.

Al atardecer, los dos miembros de la SIP acompañaron a los novios

hasta el espaciódromo. Todo el astropuerto estaba iluminado, ya que Dan se había hecho sumamente popular en el Japón.

—¿Volverán aquí? —inquirió Micky.

—¡Naturalmente! Esperamos que nuestra estancia en Marte no pase de un año. El tiempo necesario para acabar las investigaciones sobre esas formas patógenas de vida.

—¿Estarán ustedes aquí cuando regresemos? —inquirió la muchacha.

Callowan sonrió.

—No es muy posible, señora... Sería terrible si tardásemos un año en aclarar lo que sucede aquí, aunque todavía no poseemos más que un informe incompleto. Pero hay que esperar que la buena suerte no nos abandone y que salgamos victoriosos del caso en poco tiempo.

Se estrecharon la mano y los visitantes se alejaron de la rampa de lanzamiento.

Poco después, una llamarada anaranjada, rodeada de un volcán de humo blanco, surgía bajo el astrocohetes. Luego, impulsado lentamente al principio, ascendió hacia el espacio, para después, adquiriendo velocidad, desaparecer definitivamente.

—Ese chico se merecía esa felicidad —dijo Micky, sonriendo.

—Desde luego. Ya sabes que, desde el principio, dudé siempre de que fuese el culpable.

—También el doctor Walter tenía mucha confianza en Dan.

—Porque le conocía. Nosotros caminábamos a oscuras, como siempre... Si le hubiésemos conocido como ahora, hubiéramos ganado muchísimo tiempo.

—Nunca se presentan las cosas como uno desea.

—Y menos a la policía. Parece como si los asuntos se enredasen más y más a medida que avanza uno hacia la solución. ¿No te has dado cuenta, muchacho?

—Sí; es verdad, señor.

—Ya estoy tan acostumbrado que creo que si se me presentase un asunto con un poco de lógica al principio, creería que me estaban haciendo trampa, engañándome.

—¿Y qué nos esperará aquí?

—Pronto lo sabremos. ¿Vamos?

—Cuando quiera.

El coche que les aguardaba les condujo hacia el centro de la ciudad:

una ciudad llena de luces multicolores, completamente distinta a cualquier otra del mundo.

Pero una ciudad en la que, a pesar de las diferencias, se estaba forjando un drama horrible. Porque los hombres, sin diferencias de color de piel ni de forma de ojos, no saben resistir a la tentación del poder, y el camino de la maldad ha sido siempre más sencillo que el que lleva al de la normalidad que protege la Ley.

Callowan sonrió, dispuesto a luchar de nuevo.

